

EL CEREBRO EN BLANCO

Sobre *Corazón tan blanco*, de Javier Marías

Todos los grandes escritores manejan un cierto número de constantes, sean estilísticas, sean temáticas o de contenido. Javier Marías no podía ser menos. Entre sus temas recurrentes se encuentra el que aparece al principio de su novela *Corazón tan blanco*, Premio de la Crítica de 1993: su preocupación por la procedencia de las pistolas con que se autoultiman sus personajes suicidas. En *El hombre sentimental*, dejaba perfectamente sentado que Manur utilizaba, para el luctuoso lance, "una pistola de su propiedad". Aquí, "una de las niñas, cuando ya no era niña" -podía haber escrito "una adolescente" y ahorrarse ocho palabras- utiliza la pistola "de su propio padre". ¿Se imagina el lector lo distinto que hubiese sido todo, a partir de ese punto, si en vez de pegarse el tiro con la pistola de su propio padre se lo pega con la del padre de una amiga? Uno, después de haber fácilmente destrozado tres novelas de Marías anteriores a 1990 -*Travesía del horizonte*, *Todas las almas* y *El hombre sentimental*-, tenía la esperanza de encontrar, en sus producciones posteriores, más corrección en su prosa y menos chorrez en la expresión de un pensamiento que en las otras le había parecido débil. Máxime, cuando, por la contracubierta del libro, se entera de que, sobre *Corazón tan blanco*, se habían hecho los siguientes juicios: "La obra de un supremo estilista" (*The Times*), "Una de esas escasas obras que harán época" (*Le Monde*), "Una grandiosa novela" (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*). No dispongo de ninguna muestra procedente de la prensa española, pero seguro estoy de que todas serían tan orgasmíasticas como las del resto de la Unión Europea, pues, reunidos los más importantes críticos patrios en solemne asamblea, otorgaron a esta obra su Premio anual. ¡Marías supremo estilista! Luego de haber leído tres novelas suyas, semejante elogio se me antojaba imposible en la pluma de un terrestre articulado. Atónito, me preguntaba: ¿habrá logrado el parlamento de Estrasburgo, en su versión mediática y editorial, la cuadratura del círculo? Seguro que ni el celebrado escritor ni sus concelebrantes me creerán si digo que, tras rezar una salve y entonar un motete -precisamente aquel que dice "venid y vamos todos/ con flores a Marías"- me subí a una silla y grité: "Ojalá, San Simón Ante Portam Latinam, ojalá!" El arranque del libro, ya se ha visto, no es muy esperanzador. Mas sigamos la lectura, comentándola según el método de la crítica acompasada. Pág. 12.- "...le hizo pensar [...] sin pensarlo." Ya empieza el supremo estilista a espurrar los signos de puntuación desde una ventana, con la mala suerte de que casi ninguno cae en su sitio. En la misma y la siguiente (la 13), se aprecia con claridad -¿cómo no lo aprecian los profesionales de la crítica?- el enorme trabajo que le cuesta a Marías decir las cosas con fluidez, lo que casi nunca logra; no digamos ya con garbo, sin anacolutos, sin repeticiones, sin torpezas expresivas que llevan al lector cuando, por ejemplo, habla de una toalla - "su propia toalla"- a no saber si ésta es de la niña viva o de la niña no tan niña muerta. Pág. 13.- "Su hijo, el hermano..." Parece una broma.

Como en la **primera página** del libro se encuentra con un suicidio, el lector puede llegar a pensar que de tal suceso derivará un clima tenso, el relato de algo que despierte su interés... Pues no. El insigne escritor se pone a hablar de toallas, grifos (precisa que se refiere principalmente al del agua fría), faldones de chaquetas, reglas sociales, etc. A continuación (pag. 14), y por una de esas caídas al

vacío que se gasta, pone a silbar a todos los chicos del mundo. Pág. 14.- Entre paréntesis innecesarios: "(era de la misma edad que aquel hijo menor)" ¿Qué tiene que ver la edad con lo que dice el texto en el que el paréntesis se incluye? Id.- Enigma digno de "una grandiosa novela": en tan trágicas circunstancias, ¿quién le va a dar instrucciones al chico de la tienda? ¿La doncella? ¿La cocinera, que es, en expresión maríasna, "miembro adherido de la familia"? Quizá la última, por lo dicho, tenga más derecho a hacerlo. Aparte de que la otra, que posee "su propio y simultáneo estrépito", es tan bruta que, al soltar una fuente vacía sobre el mármol, hace más ruido que la pistola del propio padre de la niña no tan niña al dispararse. Págs. 14-15.- Las especulaciones de esta brutísima mujer sobre lo que ha podido ocurrir con las viandas son para anotarlas en el haber del gran novelista que comentamos. Pág.15.- "...el murmullo del *grupo agrupado* en la puerta del cuarto de baño..." ¡Muy bien, Marías! ¡Los grupos, que se agrupen! Id.- "... las manos a la espalda y la espalda contra el aparador..." Manos sutiles serían... Id.- Como se ha casado hace poco con su hermana, para Marías es "el reciente cuñado". Y, a todo esto, página y media de un capítulo de cinco, sobre las vicisitudes de la doncella y una tarta. Y menos mal que la doncella, algunas veces, anda lista y, cuando tiene que ir a abrir la puerta, no toma un pasillo equivocado, sino que tira "hacia la derecha, como era su obligación". Id.- Entran dos, el hijo mayor de su propio padre y el reciente cuñado. La doncella percibe un fuerte olor a agua de colonia y deduce avispadamente que ha de proceder de uno o bien del otro. Pero aún no ha resuelto el intrincado problema olfativo, cuando se plantea el no menos arduo de si han llegado juntos porque se han encontrado en la calle, o bien porque han coincidido en el portal o bien porque etc., etc. Lo malo es (Marías es un maestro de la intriga y el *suspense*) que "sin duda venían a tomar café pero nadie había hecho aún café". Ante lo cual, la doncella -que, presumimos, va a ser la heroína de la novela, pues se muestra omnipresente en el primer capítulo- "casi rió por contagio". ¿Contagio de quién, Marías? ¡Si allí están todos más serios que un senador a la hora de la siesta! Pág. 16.- La observadora doncella ve cómo los recién llegados "se apresuran por el pasillo hacia el cuarto de baño de la multitud". ¡*El cuarto de baño de la multitud!* ¿Qué es eso? ¿Qué cuarto de baño puede ser denominado así? ¿El de una plaza de toros? ¿El de un estadio? Id.- La doncella los sigue, "apretando el paso por asimilación". Ah, Marías, Marías, cómo se aprieta el paso por asimilación? Como tantas veces, se adivina lo que quisiste decir y no dijiste, oh pecador, oh criminal de lesa literatura, de lesas ideas claras... Id.- La doncella - importantísimo personaje, como seguimos viendo- nota, "aún más fuerte, el olor a colonia buena de uno de los caballeros o de los dos, como si se hubiese derramado un frasco o *lo* hubiese acentuado un repentino sudor". ¿A quién sustituye *lo*, Marías? Tú creías y querías que a *olor*, pero, según tu redacción de supremo estilista, más bien parece que sustituye a *frasco*. Id.- Sin duda alguna, a las pocas líneas de que una niña no tan niña se suicide, lo que más le interesa saber al lector -y por eso Marías lo resalta- es si el chico de la tienda se ha llevado o no los cascos de botellas vacíos. Id.- El grupo de inteligentes personajes de esta novela llamada a hacer época, debidamente agrupado a la puerta del cuarto de baño de la multitud, coincide en afirmar -no sin que antes la doncella haya resuelto sus terribles dudas sobre si hacer caso o llamarle o reñir al chico de la tienda- que el "reciente viudo", conocido también como el "reciente cuñado" y futuro padre de Marías, Ranz de apellido, "había tenido muy mala suerte", pues no es la primera vez que enviuda, aunque sí la primera que lo hace mediante la

pistola de su, suponemos que reciente, suegro.

Comienza el **capítulo segundo**. "Eso [el suicidio y las demás peripecias -incluidas las andanzas del chico de la tienda- de que ha hablado en el capítulo anterior] fue hace mucho tiempo, cuando yo aún no había nacido ni tenía la menor posibilidad de nacer..." ¿Cómo es eso? Alguna posibilidad tendrías cuando, finalmente, naciste, para dicha y fortuna de García Posada, García Montero, García Martín, Rafael Conte, Santos Sanz Villanueva, Darío Villanueva, Trapiello, Guelbenzu, Savater, Rosa Mora, Maruja Torres, Almudena Grandes, Muñoz Molina, Juan Cruz, Francisco Rico y tantos como sostienen tu silla gestatoria. El primer párrafo del capítulo segundo, en el que Marías informa a sus lectores de que ha sabido "de quien debió ser mi tía Teresa y a la vez no podría haberlo sido nunca y fue sólo Teresa Aguilera" (excelente muestra del estilo maríasno;)... Ha sabido de la que pudo haber sido y no fue "a través de personas más distantes o accidentales" (-?) Esto y lo que sigue constituye tal gazpacho agareno, que renuncio a comentar la enorme cantidad de silogismos sofisticados que contiene. Léanlo con detenimiento sus apologetas y comprueben hasta qué punto se engañaron al declarar genio a esta batidora de la lengua que es Marías. Mediten también los acusados sobre el contenido del paréntesis de las líneas primera y segunda de la siguiente página (la 18). Pág. 18.- Marías, como si ya fuera académico, decreta que el verbo *contraer* está en desuso. Será por eso por lo que lo emplea una docena de veces antes de concluir este breve capítulo. Id.- "Quizá porque fue un matrimonio tardío, mi edad era de treinta y cuatro años cuando lo contraje". ¡Muy bien, Marías! Porque, si no hubiese sido tardío, habrías tenido menos años, los de un niño no tan niño, por ejemplo. Aunque ¿no será que se puede llamar tardío a tu matrimonio precisamente porque lo contrajiste ya talludo? Id.- "...un matrimonio (en singular)[...], pese a lo frágiles que *resultan* en nuestro tiempo..." La segunda mitad de la página 18 y la totalidad de la 19 son productos de una mente confusa y deshuesada, nutrida de verecunda ética opusdeística. Se hace difícil, enormemente difícil, imposible pensar que estos párrafos pertenecen a una grandiosa novela, obra de un supremo estilista y llamada a hacer época. Yo sólo advierto una balbuciente y ridícula manera de pensar y una expresión jeringatoria. Renuncio a comentar detalladamente semejante esbozo de prontuario para uso de parejas recién casadas. Si es verdad que fue un crítico alemán, y no un publicitario español, quien calificó esta novela de grandiosa, me pregunto qué adjetivo emplearía para referirse a *El juego de los abalorios*. Id.- "...sensación perniciosa y errónea..." Id.- "...es la causa de que tantos matrimonios prometedores fracasen nada más empezar a existir *como tales*". Como tales matrimonios ¿no? Pues como qué va a ser, Marías, que tienes querencia por el lenguaje funcional? Pág. 19.- "Refranes negativistas" (¿?). Id.- "Ese cambio de estado, como la enfermedad, es *incalculable*". Del contexto se deduce que quería decir *imprevisible*.

Id.- Habla, entre un rosario de "yoes", de dejar a Luisa en su portal "con el coche o en un taxi". Hasta en estas menudencias logra Marías evacuarla fuera. ¿Es que los taxis no son coches? Si, en vez de *el*, hubieses puesto *mi* o *su*, yo no estaría ahora tirándote de tu suprema oreja. Pág. 20.- Nuevo gazpacho campurriano, ahora con aderezo de presentes y futuros. ¡Las de cachupinadas que es capaz de parir un solo tío sobre las cuitas marcianas de unos recién casados! Id.- "Ya en el viaje de bodas era como si se hubiera perdido (¿perdido qué, Marías? Te refieres a algo que no has dicho!) y no hubiera

futuro abstracto, que es el que importa [coma] porque el presente *no puede teñirlo ni asimilarlo*". ¿Debo pensar que los críticos de *The Times*, *Le Monde* y *Frankfurter Allgemeine Zeitung* lograron sobreponerse a estas meditaciones dignas de *El Adalid Seráfico* y continuar la lectura? ¿O son las parcialmente reproducidas en la contracubierta críticas pagadas? ¿O han sido extraídas de contextos irónicos? ¡Temible Marías! Lo que disfrutarás cuando tus botafumeiros españoles digan que tu pensamiento sobre el matrimonio es deletéreo, revolucionario, jacobino y mediterráneo! Siendo así que la realidad es que cuanto dices es digno de un sereno en noche de asueto, sino que al sereno se le entendería mejor. Id.- "...en realidad, al contraerse, los dos contrayentes..." De modo que casarse es sinónimo de contraerse, ¿no, Marías? ¿O, al afirmar que se contrajeron, quieres decir que encogieron? Id.- "...del que cada uno se enamoró o quizá vio las ventajas..." Id.- Afirma Marías, y sus botafumeiros se lo creen, que, cuando dos se casan, "*desaparecen* sus respectivas casas". Quien lea la mitad inferior de la página 20 y las tres primeras líneas de la 21 y no sentencie que son obra de un indigente mental decapitado, es que él también merece subir los trece escalones del cadalso. Todos cuantos comentarios hace Marías sobre el matrimonio son dignos de un célibe tan virgen como poco observador. Pág. 21.- Durante el viaje de bodas, en La Habana, mientras dan un paseo, a Marías se le pone enferma "la mujer recién contraída" (*sic* varias veces). Desde el balcón de la habitación del hotel, en cuya cama "la reciente esposa" y también "reciente enferma" yace, ve Marías, en una esquina, a una mulata que parece estar aguardando a alguien. Según él, está aguardando "a una cita" (porque Marías llama cita, no al encuentro previsto y señalado, sino a las personas citadas (ver págs. 30 y 31). Marías observa a la mujer a lo largo de doce páginas, las suficientes como para haber compuesto un buen trozo de literatura con el relato de lo observado. No lo logra, aunque lo intenta, por la cantidad de solecismos que enjareta. Las palabras, las oraciones, se revuelven contra él y, por muchos esfuerzos que hace, no logra domeñallas. Id.- "Los presentimientos [...] iban adquiriendo diferentes formas, y una de ellas fue esta (*sic*) (*la menos muda, o no fue tácita*)..." Quien entienda lo que va entre paréntesis, que me escriba, por favor. Pág. 23.- "Cayó la noche, sin casi aviso..." Lo mismo que confunde la cita con los citados, aquí parece confundir la noche con un despertador. Id.- "El sonido *dormido* de aquel con quien *duerme*". Id.- "*Alguno* le dijo *algo*" Y es una pena que nuestro hombre en La Habana, por la cantidad de atentados que comete contra la gramática y por su falta de dotes de observación y de sentido del humor, no logre componer un buen trozo de literatura, porque la mulata tenía todas las características necesarias para hacerlo interesante; tiene "treinta años de lejos" (22) (no dice cuántos tenía de cerca); portaba "un bolso conspicuo" (23); una "braga insumisa" (id), según debió de adivinar Marías, pues llevaba faldas; tiene "labios adivinados" (id); usa tacones que le son "desacostumbrados" (id); sus andares son "desazonados", lo que tal vez ocasiona que avance con "paso trastabillado" (id) y que "el garbo se le sustraiga a veces" (id); tiene una "voz vibrante, impostada y desagradable" (25) y, al contrario que Marías, que no los usa, "abusa de los pronombres" (id); "aletas de la nariz vehementes" (26) y "cara de velocidad" (id); pero, sobre todo (22), "no se arrimaba a la pared, como suelen hacer los que aguardan para no entorpecer a los que no aguardan y pasan". Esa mujer de tan raros hábitos como extrañas cualidades e indumentaria confunde al asomado Marías con el hombre que la ha plantado, algo de lo que se entera el lector porque el propio Marías lo adivina desde el otro lado de la plaza y se lo

cuenta. Podría haber buscado otro recurso, digo yo, porque así resulta inverosímil. (Una de las características más notables de Marías es ésa: su falta de recursos expresivos para decir, sin ridículos retorcimientos, aquello de lo que quiere enterar a sus lectores. Pág. 26.- "Color no muy distinto del de Luisa en la cama". Debemos pensar, pues, que, levantada, *madame* Marías tendría otro color. Id.- Por el contexto, se ve que quiso decir "para que me viera sin dificultad", pero dice "para que me viera sin vacilaciones". Pág. 27.- Marías se encuentra, ya lo dijimos, "en un viaje de bodas con mi mujer tan reciente". Id.- "...el enfermo que despierta asustado *y sin haber recibido previo aviso del despertar en el sueño*". Pág. 28.- "Me sentí culpable *hacia* ella" (varias veces). Id.- "...la *tira* del talón que sobresalía bajo aquella *tira*". Pág. 29.- Nueva extraña cualidad de la mulata: posee una mano que se puede decepcionar y avergonzar. Pág. 30.- "...su cita corría aún el riesgo de no tener lugar". Lo que corría el riesgo de no tener lugar es el encuentro, Marías. Lo que es citarse, ya se había citado. Pág. 31.- Del vecino de cuarto de Marías y de su esposa recién contraída, que es el verdadero "cita", sólo es visible un peludo brazo. Marías, en cambio, sí lo es, pues "su *figura*" está "asomada y acodada sobre la barandilla inmóvil". Pero Marías, ¿tú has visto alguna vez una barandilla mueble o semoviente? ¿O es que el inmóvil eras tú y de nuevo has errado en la construcción de la frase? Id.- "Al verlo a él ya con certeza". No, no, no, Marías, por Dios. "Verlo con claridad" o "reconocerlo con certeza". Id.- Y todavía más cualidades de la mujer con cara de velocidad: "dedos raudos" y la capacidad de reconciliarse con el mundo entero mientras da unos cuantos pasos. El capítulo segundo concluye con Marías acercándose al lecho de su esposa recién contraída, reciente enferma, "solicito pero con retraso". Sin darse cuenta, como tantas veces, de que frases así son dignas de un revisor pedante.

Y refiriéndose a ese retraso, con expresión igualmente desdichada y consonante retumbón -"lo lamenté de veras, no porque tuviera..."-, comienza el **capítulo tercero** el estilista supremo. Se trata, en su jerga, de un "marital retraso". Pág. 33.- [Luisa] "cuanto más corpórea y continua, más relegada y remota." Id.- "contemplación lacónica" de la mulata. Id.- "Con la luz [coma] Luisa se despejó *un poco* y quiso beber, y al beber *un poco* se sintió mejor, y al sentirse *un poco* mejor estuvo dispuesta a hablar *un poco*, etc. Tantos pocos hacen un mucho, que proporciona a la señora de Marías el don de la clarividencia, y "se hace a la idea de que ya es de noche y de que, lo quisiera o no, el día ya había terminado". ¡Dios infinito! ¿Cómo se puede utilizar el estilo supremo para espectorar tal cúmulo de memeces? Pág. 34.- "...a la mañana siguiente [...], su cuerpo volvería a ser corpóreo." Id.- "tuve la sensación de no hacerlo al hacerlo". Marías, no es que sea un mal escritor, es que está incapacitado para expresarse con normalidad. Una extraña dislexia se lo impide. Y no lo digo por los numerosos errores de bulto que voy señalando y he señalado en otras novelas tuyas. Cualquiera de cualquiera de sus libros sirve de muestra y de prueba. Pienso, por eso, que verdaderamente merece el consuelo de un premio de la crítica. Al fin y al cabo, ejercer la caridad cristiana es el primer deber de los críticos de un país ibéricotomista como el nuestro. Id.- "arrugas venidas del futuro". Id.- "con nadie, con una mujer". También machista. Pág.- 35.- [Llegan] "los tacones hasta la puerta". (Sin duda, ellos solitos, conducidos por control remoto). Id.- El narrador, tan cotilla como todos los personajes maríasnos, se pone nervioso porque no puede oír lo que hablan en la habitación de al lado. Tal vez por eso, dice

perogrulladas tan mantecosas como ésta: "lo que no oyera ahora, ya no lo iba a oír". O esta otra, aún más rellenita: "El día que no estuvimos juntos ya no habremos estado juntos". Consuela pensar que los lectores futuros de esta novela llamada a hacer época se beneficiarán de tanta sabiduría, sabiduría que se explaya, en la siguiente página y media, con unas nebulosas y anacolutadas consideraciones sobre la duración, que hubiesen hecho entrar en coma al pobre Bergson. Pág. 36.- "Por la misma constancia y registro y archivo de que ocurrió". Pág. 37.- "Nada de lo que sucede sucede, porque nada sucede". Pág. 38.- "Llorar a escondidas y amortiguadamente sobre la tapa del retrete". Es de suponer que era el trasero de la mulata el que estaría sobre la dicha tapa, mientras ella lloraba. Según escribe Marías, parece que son las lágrimas las que van a caer sobre la madera o el plástico rosquiforme. Id.- Marías no quiere perderse ni una palabra de lo que hablan; pero, para espiar cómodamente y con garantías, necesita -son sus palabras- que Luisa deje de ser corpórea y continua, se relegue y se haga remota. Pág.- 39.- La falta de una coma hace pensar, en un primer momento, que Marías califica de irresponsable un estado de ánimo, cuando, en realidad, el irresponsable es... ¿Quién? Nadie. Porque lo que quería escribir era "involuntariamente" o "sin darse cuenta". La frase sería: "...puedo desconectar [...] involuntariamente o bien mediante un gran esfuerzo..." Id.- Las lenguas que le son extrañas, para Marías "no son deducibles" (quería decir inteligibles). Id.- Cuando no entiende la lengua de sus espiados, dice Marías: "me siento tranquilo y desentendido y descanso". ¿Qué será sentirse descanso? Ah, Marías, Marías. Una coma detrás de "desentendido" nos hubiera ahorrado a tus leales muchos sufrimientos. Id.- A su manía de ir traduciendo simultáneamente lo que oye a través de las paredes lo llama Marías "una costumbre" (¡muy bien!), pero también "un sucedáneo". Y, a todo esto, se me estaba olvidando decir que es totalmente inverosímil que Marías se entere de la historia de la mulata y el velludo a través de la pared. A través de una pared, como mucho, se oyen murmullos y ruidos - excepcionalmente, una palabra-, no largos parlamentos como los que él, a su modo, transcribe. Pág. 40.- La digresión sobre el trabajo de los traductores e intérpretes dura ya casi dos páginas. No tiene gracia, no tiene interés, no está bien escrita, no tiene nada que ver con la novela... ¿Para qué entonces? Por fin la deja, pero reemprende otra, antes abandonada, sobre las condiciones precisas para escuchar bien. Digresión salpicada de sabias observaciones como ésta: "Nada impide oír tanto ("tanto oír", era lo correcto, así como poner coma a continuación) como estar oyendo a la vez dos cosas, dos voces", que tiene brillante continuación en estotra: "Nada impide tanto entender como *la simultaneidad de dos o más personas que hablan sin guardar su turno*", según la cual las simultáneas son las personas, no sus conversaciones. Estoy terminando la página 40, que concluye con "una exasperación consuetudinaria". Cierro los ojos, suspiro y pienso en un jurado formado por críticos de corazón tan blanco como sus mentes: vuelvo a suspirar y me pregunto si las vicisitudes de un cotilla, deslabazadamente contadas, fue lo que empezó a interesar al cenutrio que dijo que esta novela iba a hacer época. Pág. 41.- Las frases de la espiada y las primeras que pronuncia el espiado "formaron un grupo". ¡Cuánta torpeza! ¡Cuánta pobreza! Cuánta mentira, cuánto fraude, cuánta mierda, señores editores, señores críticos, señores escritores, señores periodistas! Marías, al fin y al cabo, en todo esto, no es más que un muñeco. Si algo se le puede reprochar es solamente que se haya autoinflado. Id.- "...la petición de Miriam, que quizá no era consuetudinaria..." Consuetudinariamente o no, la mulata le

pide a su "cita", no sabemos si mulato, que mate a su mujer, que lleva un año muriéndose y sin terminar de hacerlo. El "cita" se niega. ¡Si puede morirse en cualquier momento! " ¿No te das cuenta que ese teléfono puede sonar ahora mismo *para dar la noticia?*" Un avance del telediario, supongo. Absolutamente inverosímil, repito. Si todos los espías son tan inteligibles a través de los muros como esta pareja, la profesión de espía no se contaría, como se cuenta, entre las trabajosas. Id.- "Su voz [...] era aguda, casi un poco chillona *dentro de los susurros*". Pág. 43.- La mulata anda por la habitación y Marías, racista él, se asombra de no oír "golpes de cascos". El espía piensa que tal vez la pareja de la habitación contigua había "interrumpido o dejado a medias" (que es lo mismo), sus efusiones carnales, "para hablar con la exasperación que les era propia y consuetudinaria". No es incorrecto; es, simplemente, idiota. Id.- "...si ya les ha alcanzado el momento de no poder pasarse sin ti y sin mi *o sin el uno el otro*". No se crea que porque se vaya en busca del contexto se va a entender el acertijo. Tras unos momentos de silencio, se reanuda la conversación fácilmente espiable, simplona, reiterativa, increíble... Id.- El experimentado Marías nos hace saber que "nadie se queda desnudo en medio de una habitación más que unos segundos, o si va de camino a otro sitio y se para, al cuarto de baño o a una nevera". (Sic). Pág. 44.- Aquí, un ejemplo de lo que puede oír un buen espía, a través de la pared de una habitación de hotel. Habla el hombre, no tan consuetudinariamente como la mujer, pero bastante: "Yo soy tu esperanza, Miriam. Llevo siéndolo un año y nadie puede pasarse sin su esperanza. ¿Tú crees que vas a encontrar otra tan fácilmente? Desde luego no en la colonia, nadie se va a meter dentro de donde yo ya he estado". La mulata de los cascos, labios adivinados y cara de velocidad se cabrea ante tanta cursilería teologal y machista y le grita al del brazo velludo, aunque sin admiraciones, para que se sepa que el grito ha pasado por la factoría maríasna: "Eres un hijo de puta, Guillermo". "Quizá, comenta el premio de la crítica, acompañando su frase de algún *gesto ignoto de su brazo expresivo*". Id.- En la mitad inferior de esta página -como en tantas otras-, hay varias comas que debieran ser puntos. Y ya es triste que haya que decir esto de una novela premiada, como diría Max Estrella, por los cabrones de la crítica. Id.- "Debía pensar [...] lo que había pensado [...] lo mismo que yo pensaba". Pág. 45.- Otro consonante para embellecer la prosa de esta grandiosa novela: "...si la hubiera, pero estuviera..." Y no para en esto la prueba de la pasión de Marías por la música de las palabras. En siete líneas, desliza: hubiera, estuviera, ignorara, fuera, aguardara, deseara, rezara, anticipara, acelerara... Unas buenas gárgaras para aclarar las ideas a García Posada, presidente del jurado del premio de la crítica, y a Conte, Sanz Villanueva, Trapiello, Guelbenzu, García Montero y demás participantes en la merienda de negros (*black's picnic*). Id.- "...no lo *sabía* por la imposibilidad de *saber*..." Pág. 46.- "sensación de inauguración". Es la que deben de sentir las paredes de las salas de exposiciones determinados días. Id.- Sentado a los pies de la cama, habla de "la *distante* luz de la mesilla de noche". ¡Menuda cama sería! Pág. 47.- "...se sentía amenazada por su alcanzamiento..." Pág. 48.- Marías arrumba el "pienso, luego existo" cartesiano y establece: "miraba, luego oía", que es más incongruente. Id.- Marías vuelve a instruirnos, como anteriormente, a la transilvana: "cuando hay mutuo abuso los sexos son a veces lo único reconciliable". Pág. 49.- "Ahora era noche también horaria..." Id.- "La luna era pulposa y la misma". Sólo en un país ibéricotomista, donde la crítica influyente está en manos de los más ineptos y vendidos, puede tomarse en serio y ensalzar a alguien que escribe lo que subrayo en la

siguiente frase: "Quizá desde lejos se puede desear y acelerar la muerte de quien nos es tan próximo, *pensé acodado*" ¡Pensó acodado! ¿Qué quiere decir eso? O, mejor, ¿por qué lo dice? Y, ya que lo dice, por qué no aclara dónde se acoda? Sabemos que está sentado a los pies de la cama... ¿Hay algún crítico que se dé cuenta, como yo me doy, de que hay que escribir de manera absolutamente aliteraria, carecer por completo de sensibilidad estética, para escribir eso? Diez líneas después de haber ofendido la inteligencia de sus lectores con esta operación de contraestiloneo, Marías dice que se hallaba "acodado en el balcón abierto" (es de suponer que, más bien, en la barandilla). Id.- Querrá decir lo que yo entiendo? Marías afirma que ni se altera ni se preocupa ni se sobresalta por causa de las caricias que, al otro lado del muro -él siempre llama muro a la pared-, le hace la mulata el hispano de peludo brazo, poquita voz y mala leche, que acaba de prometer, el muy canalla, que matará a su esposa. Pág. 50.- "...en aquella situación o historia..." Ya he hecho notar, a propósito de otra de sus "novelas", que Marías, omnipresente en todos sus relatos -como está prohibido en la buena novela del siglo XX-, lo que no sabe lo supone y, una vez supuesto, lo trata como realidad literaria establecida. En ésta, lo hace continuamente. Además de un pésimo escritor, es un pésimo narrador, y llamarle supremo estilista es como llamarle Himalaya a un montón de tierra en la puerta de una tintorería. Id.- "...había pasado más tiempo del que yo pensaba, pensé..." Id.- "reconciliación sexual". Id.- El omnipresente y omnívoro dice sentir "un ligero escalofrío como los que había padecido Luisa al comienzo de su indisposición". ¿Y cómo sabes que es lo mismo, acodado Marías? La mulata continúa perorando y, como colofón, anuncia: "Si no la matas tú me mato yo". Recuerdo que estamos en el siglo de Joyce, de Thomas Mann, de Proust, de Hesse, de Virginia Woolf, de Albert Camus, de Aldous Huxley, Faulkner, Michel Butor, Scott Fitzgerald, etc., etc., etc. Cuando ocurra, como va a ocurrir ahora, que pase una página sin hacer ningún comentario, tal vez el lector morigerado crea que Marías sólo comete los pocos miles de errores que señalo. ¡No! Toda su prosa es un puro error. Nuestro hombrecito no pasaría un examen de redacción del nivel de ingreso en el bachillerato. Es increíble que comités de lectura de editoriales supuestamente serias hayan recomendado la publicación de estas cosas; que críticos tenidos por especializados las ensalcen; que la Real Academia Española le haya concedido a una el Premio Fastenrath... En cuanto a que se traduzcan y vendan en otros países, no puedo creer que sea por un prodigio de los traductores, pues no se trata sólo de la maldad del lenguaje, sino también de la perversidad del contenido... Es un misterio glorioso entre los dolorosos. Porque, si pudiésemos decir: escribe tan mal que realmente no escribe (si se le da al verbo escribir un sentido estético), construye como un elefante en un guardamuebles, pero cuenta a su modo cosas tan divertidas e interesantes... ¡Pero no! Cada una de sus "obras" es una plasta tan indigesta como un melón temprano con arroz a la cubana, más insoportable que una poetisa de vocación tardía. Págs. 51-52.- "...cuando le sigue el silencio de la vida adulta, o quizá es masculina". ¿Qué significa la frase subrayada? Quizá Marías quiso decir, y no supo cómo, que eso sólo le pasa a los hombres. ¿Cómo se ha enterado Marías de que, antes de nacer él, en la casa de quienes iban a ser sus abuelos, una muchacha dejó que se derritiera una tarta helada precisamente por cantar una determinada canción? Y, si admitimos que en su familia se forja una tradición detallista a base de semejantes chorradas, qué có le importa eso al lector de la novela del siglo? Pág. 53.- "...contemplando transcurrir el transcurrido tiempo". Las cuatro páginas y

media de digresión sobre los cantos habaneros le despiertan a uno el deseo ferviente de pegarse un tiro con una pistola prestada o convertirse al protestantismo. Pág. 53.- "Historias tétricas o africanas". O sea, que si son africanas no pueden ser tétricas, y si son tétricas no pueden ser africanas, y si son africanas y tétricas, no pueden ser historias y... Es como la supercazuela de Hugo Tognazi, "polivalente, como si fuera antaño". Id.- "Una vaca benefactora y amiga". La de la Central Lechera Asturiana, supongo. Pág. 54.- "...una viuda dependiente de su única hija o más bien del acierto de sus necesarias nupcias". Ejemplo claro de la imposibilidad del oxionense para decir algo tan fácil como lo que quería decir. Id.- "extraordinario extranjero". Pág. 55.- "...sólo se olvida de veras cuando uno sigue no recordando después de que se lo ha obligado a recordar a uno". Con un descuidado descuido, Marías, quemando las sábanas de la cama de la reciente esposa concluye el capítulo tercero.

Capítulo cuarto. Pienso que, vistos los tres primeros, nada habrá en éste cuarto que me espante. Sólo hay que pasar cuatro líneas para encontrarse con esta joya del estilo: "Ambos [su mujer y él] nos dedicamos a ser traductores". Señores críticos, que otorgasteis a esta novela vuestro premio anual correspondiente a 1993, a cualquiera que tenga una mínima sensibilidad para el arte literario, le bastaría esta expresión para descalificar a quien la ha escrito. Un simple artesano dice correctamente: "Yo soy carpintero" o "Yo me dedico a la carpintería". Ni bajo los efectos del pentotal diría: "Yo me dedico a ser carpintero". Quien escribe "Yo me dedico a ser traductor" no es que sea un mal escritor, ni siquiera un pésimo escritor; es, simplemente, que no es escritor. Y es sólo un caso entre mil en que la expresión maríasna no sólo se asemeja al más torpe balbuceo infantil, sino que roza lo prenatal. Este primer párrafo del capítulo concluye con un anacoluto que lo es doblemente: formal y mental, es decir, gramatical y lógico. Cuando los fallos de Marías no brillan como perlas en un párrafo, sino que afectan a cada oración, a cada palabra, como es el caso de la segunda mitad de esta página -en que repite dos veces casi seguidas "o incluso Bruselas"- desfallezco y, por motivos de salud, renuncio al comentario pormenorizado. Pág. 57.- Marías, que se dedica, injustificadamente, a ser escritor, para señalar que los discursos son aburridos habla de su "índole letárgica". Letárgico será, en todo caso, el estado de quien los escucha. Pág. 58.- "... el arzobispo Makarios, por mencionar *a alguien infrecuente*". Id.- "...razonamiento acerca de la *conveniencia o humillación* de instruir sexualmente a los niños". ¡Conveniencia o humillación! Otra expresión que merece la suspensión *a divinis*. En la patria de Lázaro de Tormes no se puede tolerar. Id.- "sobre las posibilidades de edificar *una réplica más* del Kremlin en Bruselas". ¿Es que ya existían otras réplicas, Marías? Pág. 59.- Marías dice haber traducido a "expertos y científicos y lumbreras y sabios". ¡Es que no da una! ¡Ni en relaciones tan simples! ¡Es que una misma persona no puede ser sabio y experto científico y, por ello, una lumbrera, orgullo de su madre y de su patria? Pág. 60.- "...el discurso que iba a pronunciar *un individuo gobernante*". Id.- "traductor para traducir" Id.- "...más que por la dificultad en sí de cazar y transmitir al vuelo lo que se dice (*dificultad bastante*), por la presión..." ¿Bastante qué, Marías? ¿O es que querías decir grande? Pág. 61.- "interpretar a un intérprete". Id.- "intérprete australiano del congresista australiano" Id.- "Lo que el traductor traduce". Id.- "Intérprete que está interpretando". Id.- "Ese es el reproche que los traductores (es decir, de textos) hacen a los intérpretes". Por qué escribes "es decir", Marías? ¿Es que

has dicho antes algo que lo justifique? Tu inmoderada y pecaminosa afición a los paréntesis, tal vez producto de un trauma de niño no tan niño, te ha impedido decir sencillamente "los traductores de textos hacen". Y, si querías conservar tu vicio parentésico o parentesco, tendrías que haber puesto dentro "quiero decir", no "es decir". Pág. 64.- "...estamos diciendo lo que se está diciendo". Pág. 67.- "...por la disposición de nuestras *criminales síllas*". No es forma de adjetivar digna de un supremo estilista, Marías, que eres más vulgar adjetivando que el coadjutor de un párroco interino. Pág. 70.- "...descruzar de inmediato las sobresaltadas piernas". Está claro: como la mujer se sobresalta, todo en ella se convierte en sobresaltada/o: nariz sobresaltada, trasero sobresaltado, piernas sobresaltadas...

Pág. 71.- Marías, atiende: no es lo mismo decir "la sensación de que lo quieran por eso" que "la sensación de que por eso lo quieran". Y lo que son las cosas: lo has puesto exactamente como no debías, según se advierte por el contexto. Pág. 74.- El paréntesis que hay hacia la mitad de la página, "(no quería que se le ocurrieran ideas a nuestro alto cargo)" es un ejemplo notable del estreñimiento expresivo de Marías. Págs. 74-75.- En vez de "la pregunta era demasiado atrevida" dice "la pregunta era demasiado atrevimiento". Pág. 75.- Aquí habla de unas piernas que tienen tiempo para la reflexión. Págs. 75-76.- El discurso -página y media- de la inglesa, todo él impregnado de filosofía marianas de la historia, es para echarle de comer en un plato muy hondo. Aparte, claro. Págs. 58-78.- Veinte páginas en esperanto, de especulaciones, entre carpetovetónicas y esquimales, sobre el oficio de los que se dedican a ser traductores. Especulaciones que nada tienen que ver con el ya lejano -un sexto del libro- suicidio de la niña cuando ya no era niña; es decir, de la adolescente o la jovencita. Resulta evidente para el lector avezado que tan larga e inoportuna digresión quiere -podría- justificarse por el lenguaje de estilista supremo, la pajolera gracia y la crítica demoleedoramente irónica de los foros internacionales. Pero como resulta que Marías no es, como hemos demostrado, un estilista supremo, tiene la misma gracia que una patada en los ovalados y su ironía es tan ingenua e ineficaz como la del más patoso de la dinastía, pues el resultado es más bien el consabido. Cualquiera lío de los traductores y políticos de los que se quiere burlar es la Biblia de Amiens al lado de los que, con su siembra a voleo de los signos de puntuación, organiza él. Concluye el capítulo cuarto.

Por completo olvidado de suicidios y espionajes habaneros, Marías sigue dando a sus lectores la lata con las traducciones a las que se dedica, en un capítulo de tres páginas (frente a los otros, de veinte y más; será por dar pie a sus críticos para hablar de "hábil construcción"), que deriva hacia un comentario shakesperiano. Sigue la trama apasionante, pues. Nos descubre que una cita que ha hecho la inglesa en su inacabable e inverosímil perorata ante el hispano, que tiene tiempo de fumarse dos puros, es de *Macbeth*, como si sus cultos lectores no lo supiésemos. Pág. 79.- "...al poco de que Macbeth haya vuelto de asesinar al rey", dice Marías, como si dijera "de comprar cigarrillos". Id.- "Forma parte [la frase citada] de los argumentos dispersos o más bien frases sueltas..." Más bien lo segundo, Marías, que si te quitaran todas las frases inútiles que escribes, tus "novelas" quedarían reducidas a la mitad o menos. Id.- "...no puedo evitar darme cuenta (o quizá recordar)..." ¡Qué más da, Marías! Id.- Al leer una frase pretendidamente poética de Marías -"la lengua como gotas de lluvia que va cayendo desde el alero tras la tormenta"- caigo en la cuenta de que uno de los defectos radicales de este autor,

que lo priva de ser un estilista supremo, es -digo completamente en serio- su absoluta carencia de sentido poético. Pág. 80.- "a mano sólo la propia mano". En todo lo que llevo de capítulo, hay numerosas ocasiones en que Marías pone coma, o no pone nada, donde debería haber punto y coma. Id.- "La lengua en la oreja es también el beso..." El lector que llegue a descifrar estas palabras, se preguntará en seguida en qué acepción utiliza el maestro la palabra *lengua*. Se decidirá por una y, por dejarse llevar por sus obsesiones sexuales, se equivocará. ¿Y por qué? Por ignorar que, como muy bien dice Marías, "los oídos carecen de párpados". Id.- "esté al tanto de que se ha asesinado desde el momento siguiente a que se ha asesinado". Id.- "el cadáver reciente". En este libro, todo es reciente o recién contraído. Id.- "para apaciguar [la reina] al aterrado Macbeth con las manos manchadas de sangre". O sea que, según la redacción mariasna, el medio de que se vale *lady* Macbeth para apaciguar a su marido son sus manos manchadas de sangre. Siendo así que, como sabemos los especialistas en Shakespeare, quien tiene las manos sucias es Macbeth. Como Antonio Gala, el otro gran estilista de la novela española contemporánea, Marías rellena páginas con todo lo que puede -especialmente, artículos y páginas de sus esperadas memorias-, ante su imposibilidad congénita de escribirlas de auténtica novela.

El **capítulo sexto** empieza con esta luminosa observación: "Fue Luisa quien primero me puso la mano en el hombro". ¡A ver, Marías! No había nadie más... Y continúa: "...pero creo que fui yo quien empezó a obligarla (a obligarla a quererme), aunque esa tarea no es nunca unívoca". ¿Por qué el paréntesis? Es inútil. En cuanto a la palabra "tarea", que además no es "unívoca", acredita a Marías como el ente aliterario supremo. Pág. 83.- Habla de que se quedaba a dormir algunas noches en casa de Luisa, pero resulta que no lo ha hecho nunca, pues nos aclara -entre paréntesis, por supuesto- que ("esto lo proponía, pero acababa yéndome después de los besos y los abrazos dormidos"). O sea, que, aunque ha dicho que se quedaba, no se quedaba. Una pena, porque, si se hubiese quedado hubiese catado besos y abrazos despiertos. Carantoñas aparte, dormidas o despiertas, se trata de una nueva y clamorosa demostración de la torpeza de Marías para expresarse en lengua española. Toda la página es una sucesión de manifestaciones de inseguridad: creo, creo, creo, quizá, quizá, seguramente, tal vez, como dicen que suele... El caso es que nuestro estilista supremo no sabe si se casó o lo cazaron, víctima, como él dice en su hermoso lenguaje, de una "aminoración general que acompaña a lo que aparece como consecución o término". Marías y su esposa recién contraída continúan dedicándose a ser traductores. El, más que nunca, "para sufragar los gastos de nuestra nueva casa inaugurada tan artificialmente". Qué querrá decir? Id.- "...coincidir lo más posible [...] al mismo tiempo". ¡Pero hombre, Marías! Si no fuera al mismo tiempo ¿cómo ibais a coincidir? Id.- "Durante casi un año, por el contrario..." comienza una frase; y la siguiente: "Durante casi un año, en cambio..." Pero la horrible repetición no es todo. En la primera habla de cuando eran novios; en la segunda, de cuando ya están casados. ¡Qué lío se forma para contar algo tan simple! No puede. Sencillamente, no puede. Marías está negado no ya para la expresión literaria, sino para la expresión normal. Y en esta novela, premio de la crítica de 1993, lo demuestra con estrépito. Qué podríamos decir de quienes formaban el jurado? Habrá algún adjetivo que les sea aplicable, en el acervo adjetivístico mariasno? Id.- "Familiarizándose

con mi familia". Id.- Como cuando vuelve a Madrid, después de dedicarse a ser traductor, encuentra nuevas cortinas o nuevos muebles, Marías se siente extraño en su reciente casa y, dice, "debía rehacer los itinerarios domésticos que la vez anterior ya me había aprendido". No creo que haya quien niegue que todo esto, aun correctamente escrito, seguiría constituyendo una sarta de caleidoscópicas memeces. Porque si alguien aduce que es humor, más bien aportará una agravante. La cual sarta se corona con uno de tantos sublimes paréntesis: "(ahora había una otomana donde no había otomana)". Id.- En la línea undécima empezando por abajo, después de "mundo" y delante de "longitud", debería haber dos puntos, no una coma. Id.- "... perceptible [el crecimiento del pelo de Luisa, etc.] tras cuatro semanas de ausencia y más aún tras ocho". Sin duda, estaba en trance al hacer esta afirmación, operaciones matemáticas incluidas. Me pregunto si, a pesar de mi interés por desentrañar el misterio Marías, seré capaz de soportar este capítulo. Tras una plasta moruna sobre las traducciones y quienes se dedican a ser traductores, heme aquí sumergido en un potaje danubiano sobre cambios de muebles, cortinas, peinados, andares, hombreras, chaquetas... Todo, menos -oh gran misterio- calzado.- Por segunda vez en este libro, Marías intenta competir con la *Casti Connubii* y predica sobre el matrimonio con argumentos de verano. Y no tiene ni idea. Pág. 85.- Dice Marías que a su mujer, Luisa, la estaba cambiando en su debido orden. Voy por la página 85; es decir, que ya me he tragado un tercio del libro. Y no he leído hasta ahora más que sobre traducciones y sobre muebles.

Id.- "Las estanterías, que yo había querido pintadas de blanco (aunque se me olvidó advertirlo), aparecieron de color caoba a la vuelta de uno de mis viajes (pero no de caoba, cierto)..." ¿Para qué el primer paréntesis? ¿Qué quiere decir la frase que va dentro del segundo? De lo que no tengo dudas es del suspense que mantendrá en vilo a los lectores preguntándose como van a aparecer pintadas las perchas y la tapa del retrete. Id.- "En orden cronológico de autor". Pág. 88.- Después de dos páginas y media dando detalles –casi todos insignificantes, sin ningún peso en la economía del relato- acerca de su padre, y antes de llenar otras dos sobre lo mismo, dice Marías -entre paréntesis, como es su obligación: "(Pero los hijos lo ignoramos todo sobre los padres)". ¡Pues si llega a saber algo! Pág. 89.- "quién sabe qué bisabuela o antepasada". Bien expresado por Marías, porque las bisabuelas modernas no son antepasadas. Pág. 90.- "A partir de mañana no habrá las pequeñas incógnitas que...". Pág. 91.- "establecer una cita". Id. Línea 5.- Donde escribe "que quizá no me interesa" tendría que haber escrito "que quizá no me interese". Pág. 90-94.- Casi cuatro páginas de vaciedades sobre el final de la soltería. Lo contrario, para el lector, de una alegre despedida de soltero: un martirio. Y, por supuesto, frases de una incorrección y una pobreza que clama al Celeste Imperio, como las ya señaladas o esta otra de la página 91: "desnudarla desde su vestido de calle". Pág. 92.- "Los pasos que uno da una noche al azar y sin consecuencias acaban llevando a una situación irremediable al cabo del tiempo o del futuro abstracto". Si conducen a "eso", ¿por qué dices que no tienen consecuencias, Marías? ¿Y qué demonios quiere decir "al cabo del futuro abstracto"? Mi impresión es que tienes la mente más confusa que un cencerro con resaca. Id.- "Un susurro que pudo no ser susurrado". Pág. 94.- ¡El colmo! ¡Marías se supera a sí mismo! En vez de escribir "las únicas alianzas serán *del uno contra el otro*", el sin rival Premio de la Crítica de aquella feliz anualidad escribe: "las únicas alianzas serán *contra el uno el otro*".

Id.- No era sin duda de resentimientos de lo que quería hablar cuando escribió: "los resentimientos inevitables de la vida en común". Pág. 96.- "¿Te referías a eso, ahora qué?" Esta pregunta resultaría más bien ininteligible, si uno no dedujera el significado del contexto. Id.- "aunque fuera ese tema lo único que rondara su llamativa cabeza de polvos de talco" ¿¿¿ ...??? Durante la fiesta de la boda, el padre de Marías quiere quedarse a solas con su hijo, y lo consigue luego de haber puesto en juego determinadas tácticas y estrategias, porque, al parecer, tiene cosas importantes que comunicarle. Tal vez un consejo supremo. Pero el viejo no dice más que patochadas submarinas que, eso sí, encuentran el debido eco en las del propio Marías. De vez en cuando, éste comenta: "dijo con ironía", o "añadió misteriosamente". Pero el caso es que uno no advierte por ninguna parte la ironía ni el misterio. Pág. 97.- "Ves", en la línea 5, tendría que haber ido entre interrogaciones. Id.- "Yo podía ayudarle, o bien no". Id.- "Sonreía amistosamente con el cigarrillo delgado en la mano, estaba ya consumido". ¿Quién, Marías? ¿El cigarrillo o tu padre? Parece que te refieres a éste. Por otra parte, por qué no nos dices dónde tenía el cigarrillo gordo? Pág. 98.- "...sus ojos como gruesas gotas de licor o vinagre, estábamos más bien en sombra". Aunque sin querer, Marías se autoproclama aquí ojos de su padre. A las cuatro páginas que ha dedicado ya a hablar de su padre -arrugas, sonrisa, mirada, manos, corbata, labios, etc.-, añade ahora otras cuatro, que, como las primeras, nada tienen que ver con la supuesta novela; mejor dicho: nada tienen que ver con nada. Id.- Por lo que escribe su hijo hacia la mitad de esta página, la madre de Marías seguía sintiendo pena una vez muerta. Habría que comentar línea por línea esta página (la 98), que es una auténtica sopa, espolvoreada de comas, para darse cuenta de lo que Marías es capaz de no saber decir en tan pequeña extensión de texto. Como, por ejemplo, cuando habla de "fotografías siempre quietas en un solo día"; se logra adivinar, como en tantos otros casos, lo que quiso decir y no supo. (Ya he señalado en otro lugar que los trabajos de crítica acompañada, como es éste, requieren ser leídos, para su completa intelección, con el libro de que se trate al lado. Pág. 99.- "hacía melancolizar la mirada". Para melancolizar, como para neologizar en general, o simplemente escribirizar correctamente, hay que poseer unas dotes que a Marías no quiso darle el cielo. Id.- Pensando sin duda en conectar con sus lectores de allende las hispanas fronteras, Marías, de pronto, se pone costumbrista y empieza a divagar sobre organilleros y afiladores, mamás con sus nenes, viejas fotos, viejos tiempos... Un chotis. Lo que le faltaba a esta novela para hacer época. Pág. 100.- Mediante un anacoluto, Marías vuelve al presente. Anacoluto doble: gramatical y, si puede decirse, conceptual. Marías se las pinta solo para pasar de una no-idea a otra no-idea o incluso al vacío mental. Pág. 101.- Marías nos cuenta que, durante la fiesta de su boda, su padre habla "con una señora que no sé quien era, sin duda venía de la mitad de Luisa". Al parecer, no todos los presentes procedían de Luisa entera. Algunos procedían de la mitad de ella. Por lo que dice a continuación, nos enteramos de que a lo que quería referirse era a la mitad, más o menos, de invitados que eran amigos, consanguíneos, agnados o cognados de la novia, no a la mitad de la novia. Pero el mal rato ya no hay quien nos lo quite. Id.- Marías se devana la sesera y decide que quizá no sea una invitada de Luisa, sino, "tal vez, una invitada de mi propio padre". Como, en la línea anterior, ha hablado -Marías tiene un alto sentido de la propiedad privada- de "los invitados de mi propia boda", pues no hay manera de confundirse ni de padre ni de boda. Id.- Todo un capítulo esperando la confidencia misteriosa, la revelación decisiva, el consejo

salvador, la sabia sentencia que el propio padre de Marías quiere comunicar a su propio hijo. Páginas y páginas en que el propio Marías anuncia, entre fintas y dengues, el oráculo que ha de cambiar su propia vida... Y resulta que con lo que se deja caer el padre es una gachupinada memorable. Menos mal que el agudo observador que es Marías nos hace notar que, en las propias bodas, el novio no sabe quienes son todos los invitados. Id.- El padre, después de media hora de titubeos, mudándosele la color del rostro, sudando, sintiéndose al borde del infarto, dice entre jadeos: "Cuando tengas secretos o si ya los tienes (*sic*), no se los cuentes". -Y ya con la sonrisa devuelta al rostro, añade: "Suerte". Te envidiamos, Marías. Ya quisiéramos todos tener un padre así. Digno de serlo tuyo, por supuesto, pues ignora que los secretos empiezan propiamente a serlo cuando te los callas. Id.- Descargado ya de la tensión que produce tanta sabiduría almacenada en el cerebro, el padre se pone a hablar con una mujer a la que Marías no conoce. "O tal vez era una invitada de mi propio padre, ahora que lo pienso: él siempre ha tenido amistades raras". Yo pregunto, primero, a Marías: ¿raras por qué? ¿Has dicho algo que te autorice a calificar de rara a esa buena mujer?

El **capítulo séptimo** de esta obra maestra comienza con una frase gloriosamente pentapléjica, es decir, con cinco posibles significados, dado que Marías se confunde tanto a sí mismo, que logra de refilón que nadie pueda estar seguro de lo que dice o de cual es la que debe elegir entre las varias opciones elegibles. La frase en cuestión es: "Ayer oí sonar un organillo extrañamente en la calle". Posibles significados: 1.- Marías está en la calle y oye la música de un organillo, lo que es extraño, porque el organillo está lejos y Marías es más bien sordo. 2.- El que está en la calle no es Marías, sino el organillo. Pero es extraño que se oiga, porque está cascado, o lejos o ambas cosas. 3.- Es extraño que un organillo se oiga, sea en la calle o en cualquier otro lugar, porque los organillos no suenan. 4.- Es extraño que Marías oiga sonar un organillo, porque no se lo permiten sus convicciones morales. 5.- El organillo sonaba de una manera tan extraña que más bien parecía un tambor. Son las principales, pero la frase admite todas las variantes tuteladas por el *ars magna combinatoria*. Por otro lado, las comas que utiliza Marías en el telegrama que nos envía a continuación deberían ser *stop* o *stop* y coma. No sé si he dicho alguna vez que, como cualquier estudiante de E. G. B. puede comprobar, Marías no sabe utilizar los signos de puntuación. Lo mismo en la frase siguiente y en la siguiente a la siguiente y etcétera. Marías, con su amenidad habitual, especula sobre las diversas opciones que tiene una gitanilla para guardar el dinero que va cayendo en un platillo que, desde el distante mirador en que él se encuentra, ve que es de plástico y más pequeño que un posavasos. Son chorradas diminutas, pero sonlo. Aunque ve a la gitanilla petitoria, Marías no ve, sin embargo, al organillero. ¿Será posible?, se pregunta el lector ansiosamente. Y todavía crece más su zozobra cuando Marías, que ya ha escuchado varias piezas, entre ellas, un chotis y un pasodoble, le cuenta que se dispone a salir a la terraza para ver si lo divisa "desde las plantas" (¿encaramado a una maceta, tal vez?); y sale, "aun a sabiendas de que no será así", pues aunque la terraza está más cerca de la calle, allí tiene menos visión que desde la ventana, etc., etc. Que si desde la izquierda que si desde la derecha... Hasta que Marías, en un raptó de intrepidez, decide ponerse la chaqueta y bajar a la calle, etc. Son escenas irrepitibles, emocionantes, de una novela llamada a hacer época. Pág. 105.- Marías siente remordimientos dostoiévskianos por

haber dicho al organillero "dos veces" -según precisa- que se alejara. Y expresa su congoja espiritual en dos páginas tan temblorosas, que más bien diríanse flanes que páginas. Pág. 106.- Continúa el terrible drama. Marías se debate en la duda. ¿Debió dar dinero al organillero para que se fuera? (Se entiende que con la música a otra parte). ¿No debió dárselo? Y si lo hizo ¿por qué no con palabras amables? Etc., etc. Imagino a los lectores marianos de aquende y allende las fronteras, estremeciéndose mientras leen. *Que! sispan!* Aquendados y allendados empiezan de nuevo a respirar cuando... Pág. 107.- ...Marías les anuncia que va a contar la apasionante historia de una papelería. ¡Qué bulliciosa imaginación la suya! El relato de la compra de una goma de borrar y, al día siguiente, un tintero es realmente escalofriante, aunque sé que hay lectores que prefieren la compra de la regla. Y, en medio de ello, fingidos dolores de barriga. Marías confiesa: "[Yo] inventaba mis necesidades". Por lo demás, esa especie de salero gigante con que Marías esparce los signos de puntuación funciona tan mal en esta página, que uno se queda sin saber si la niña de la papelería es guapa siempre o sólo por las mañanas; si fue mayor antes de ser joven; si sonreía a Marías o al Arcipreste de Hita; si las suyas son llamadas "sonrisas interpretables" porque Marías, lo mismo que su esposa recién contraída, se dedica a ser intérprete en altos y severos organismos internacionales. Id.- "Mi edad de entonces fue siendo otra". Una de esas frases -una más de las muchas que aparecen en las obras de Marías- que valen por sí solas para descalificar como escritor a quien la escribe. Id.- "...y también la chica, que creció y siguió siendo preciosa durante varios años, también ahora por las mañanas, a partir de los dieciséis o así estaba allí todo el día..." Realmente monocelular este gazpacho sintáctico. Según donde uno parpadee, puede pensar: 1.- Que la chica fue bella durante unos años y después dejó de serlo. 2.- Que, pese a lo dicho, luego siguió siendo mona, aunque sólo por las mañanas. 3.- Que este extraño fenómeno sucedió más bien a partir de sus dieciséis años. 4.- Que lo que sucedió a partir de los dieciséis años es que le ampliaron la jornada de trabajo. 5.- Que la intermitentemente bella muchacha "despachaba continuamente", sin parar, mientras Marías, también sin parar, iba a la universidad. Etc., etc... Insisto; vale la pena leer y releer la página 107 de esta novela memorable. Pág. 108.- Empieza con un tan grande batido mozambiqueño (hay que decir que Marías lleva tres páginas sin utilizar el punto, los dos puntos ni el punto y coma; sólo la coma, la coma y nada y la nada), salta el autor tan irresponsablemente de futuros abstractos a papelerías concretas y de variables presentes a pasados inamovibles, que decido tomarme una jornada de reflexión. Id.- Línea 109.- Pone una copulativa cuando debería haber puesto una disyuntiva. En lo que sigue, electrocuta varios tiempos verbales. Id.- "Y eso no dependía de mis quince años, sino que lo digo ahora". Aunque se entiende lo que el gramaticalmente y estilísticamente indigente Marías quiso decir, la falta de concordancia es indigna del alcalde honorario de *Babelia*. Id.- Aunque escriba muy mal, peor que nadie ha escrito nunca, Marías no deja de iluminarse de vez en cuando. Eso le permite hacer a sus lectores advertencias realmente esclarecedoras, sin las cuales podría perderse por vericuetos peligrosos. Aquí, por ejemplo, le informa de que la dependiente de la papelería no atendía el mostrador por las noches, ni los domingos, ni los sábados por la tarde ni a la hora de las comidas. Una individuo rara, sin duda; por eso Marías hace muy bien en advertir acerca de sus extraños hábitos. Pág. 109.- A continuación, Marías hace, naturalmente en correcto mariano, un relato tan lúgubre y plenipotenciario del oficio de papelera, que las lectoras que se estuviesen

planteando ingresar en tal gremio ahogarán inmediatamente su vocación. El propio estilista supremo debió de quedar afectado por tan negra perspectiva y, para alegrarse el ánimo, se va a almorzar con su padre "entre risas". Daría gusto verles encaminarse al restaurante tan alegres. Id.- "Aquella vez que estuve allí y la ví, poco antes de mi proyectada boda, antes de subir a recoger a mi padre para ir los dos a almorzar entre risas". ¿Hay un solo crítico, entre los que votan y ensalzan a Marías, que advierta lo desangelado que es este párrafo? "Antes de mi proyectada boda..." ¡Antes de mi boda, puñeta! "Antes de mi proyectada...", "Antes de subir..." Aunque no quiere, lo que dice Marías es que padre e hijo habían quedado para ir a comer entre risas... Con ganas o sin ellas. ¡Qué encantadores! Pág. 110.- Con la frase "El dinero hace que la papelería se venda sin vacilación" ignoro qué quiso decir este sumo pontífice de las letras. Por fin, para nuestro requiem, Marías concluye sus disquisiciones transalpinas sobre sacapuntas, bolígrafos y gomas de borrar, sobre lapiceros, cuartillas y reglas. Y uno se pregunta: ¿qué hay detrás de esta tan larga digresión papeleril? ¿Sutileza en la observación? ¡No! ¿Humor? ¡No! ¿Profundidad? ¡No! ¿Belleza de estilo? ¡No! ¿Decantada chorrez insuperable? ¡Sí! Pág. 112.- Extracto de filosofía mariasna: "Las muertes hacen ricos a los que no lo eran ni podrían serlo jamás". Pues claro que sí, aristocrático Marías! Si no, que se lo pregunten a los niños de Etiopía. Sus padres se mueren de inanición y zas! Ellos, ricos. Id.- "Días de Franco y también luego". Esta vez se te entiende, Marías, pero tu manera de escribir es pedestre. Terminada la digresión papeleril y según es su (mala) costumbre, Marías inicia otra sobre peritajes de obras de arte, aburridísima, superficial y tontorróna, si no fuera porque Marías la salpica de agudezas y comentarios graciosísimos, como decir que, en España, los peritajes los hacen los bedeles del Prado, los guías, los vendedores de postales y las asistentes que no hay en el Prado, por lo demás. Las mujeres que limpian magníficamente el Prado no son asistentes. Pero digo yo que, en un país donde las novelas las hacen los pájaros carpinteros, eso es posible. O bien digo que ofender en bloque a nuestros respetables especialistas, catedráticos, museólogos, historiadores del arte, etcétera, con tan poquísima gracia, es como para mandarle a hacer puñetas, a él y a sus ignorantes y/o vendidos panegiristas. Para darnos la razón, Marías inicia una tercera digresión, ésta sobre la vida de los bedeles. Es decir, que no para de abrirnos mundos subyugantes. Pág. 117.- "Él [el padre de Marías] nunca ha querido deshacerse de nada, de ninguna de sus supuestas copias *ni de sus seguros auténticos*". Subrayo yo para señalar una vez más que Marías casi nunca encuentra la expresión precisa para decir airosamente lo que quiere, que en este caso es "ni de los [cuadros] con seguridad auténticos". Pág. 123.- "el sentido de la seguridad custodia". ¿Qué será eso de la seguridad custodia?

Capítulo octavo. Marías se dispone a filosofar sobre la relación padre-hijo. Todo, menos vérselas en el brete de escribir páginas de auténtica novela. Pág. 125.- "Los padres (en metáfora mariasna: "las tutelares figuras") se acostumbran (...) a callar sobre sí mismos ante sus vástagos, a *silenciar quiénes fueron o acaso lo olvidan*". Enésimo anacoluto en esta prodigiosa novela. Id.- "Casi todo el mundo se avergüenza de su juventud". Las novelas de Marías están llenas de generalizaciones de este tenor, indicativas de que es muy poco observador y muy mal psicólogo, al contrario que los buenos novelistas. Págs. 125-126.- Desde esa poco afortunada frase hasta el punto y aparte, un

verdadero muestrario de expresiones confusas del tipo de aquéllas a las que suele conducir la confusión mental. Pág. 126.- "Ranz y mi madre nunca ocultaron el matrimonio de Ranz..." Un pronombre aquí hubiese sido lo correcto. Por otra parte, ¿a qué matrimonio se refiere? ¿A uno anterior? Id.- "...pensar en la inevitabilidad de sus padres [...] y creer en su propia inevitabilidad y justicia..." Pág. 129.- "...se había matado al poco de regresar de su viaje de bodas con mi propio padre", informa el propio Marías. Id.- "La amistad o negocio de nuestros padres nos unía...". Pág. 132.- "...luce una coleta de piratería o taurina". Pág. 134.- "...me volvió a poner la mano en el brazo -*su mano era como un peso* y así me retuvo". Id.- El tercer párrafo de esta página podría servir, en los colegios, de ejemplo de lo que no es una buena prosa narrativa. Id.- La página entera se las trae. También contiene ejemplos de lo que no es un buen lenguaje coloquial. A veces hay que adivinar lo que quiere decir: "Algo tendrá [la mujer de Marías], para que te hayas casado *al cabo de tantos años, no eres ningún niño*. Te tendrá que enloquecer..." Id.- Según Marías, la gente sólo se casa cuando no tiene más remedio, por pánico o porque anda desesperada o para no perder a alguien a quien no quiere perder". Parece evidente que Marías conoce la vida a través de prospectos farmacéuticos. Y, además, como ya he hecho notar en el comentario a otra de sus "novelas", es machista. He realizado una encuesta entre personas que han abrazado el estado marital y ni una sola se ha considerado aludida en esa relación de motivos. Id.- Continúan los primores: "Custardoy era vulgar y un poco infantil, como si su interminable espera de la edad viril durante la niñez le hubiera dejado algo de esa niñez asociada para siempre a su edad viril". Pág. 135.- En esta página continúan los ejemplos de sublime prosa maríasna: "Custardoy se había echado la mano al bolsillo, uno de esos hombres que llevan los billetes sueltos en el bolsillo del pantalón, también yo, a decir verdad". Id.- "... fijó en mí sus ojos desprovistos de ornamentación". Id.- Es tan inverosímil la forma en que Custardoy informa a Marías de las hazañas galantes de su padre [de Marías], que despierta el deseo de llamarle, una vez más, al orden. Pág. 136.- "...*pensar* que en otro momento debía *pensar* en ella". Id.- "...encendió por fin un cigarrillo y dejó el mechero sobre la mesa, *renunció a la llama y aspiró la brasa*". Pág. 137.- Aunque se entiende lo que quiere decir en la primera línea del segundo párrafo, la expresión "con prisa" no es la más correcta. Id.- Otra vez: "sonrió con prisa". No, Marías, no. Id.- "Lo apartó de sí [el humo] con la mano irritada". Con la irritada ¿eh? No con la que no se había cabreado. Pág. 138.- "*No sabía* que no *sabías*..." Id.- La conversación de Marías con Custardoy está tan innecesaria y enormemente alargada, que el lector empieza acordarse de la Guerra de las Treinta Años. Id.- Donde lo correcto era escribir "hubiese hecho", Marías escribe "hiciera" Id.- "Custardoy encendió un cigarrillo nuevo". Esto es, que no tenía remiendos ni era de segunda mano. Pág. 139.- "Su ojo había caído ya sobre Custardoy". Esta mujer, pues de una mujer se trataba, o era tuerta o era una de las sobrinas madrileñas de Polifemo. Id.- Generosamente, Marías vuelve a recordarnos que su tía, cuando aún no era su tía, se suicidó con "la pistola de su propio padre". Id.- Y, entre expresión brillante y expresión brillante, una reflexión profunda: "No es fácil saber por qué se mata la gente". El capítulo octavo concluye con una frase incomprensible: "La boca está siempre llena y es la abundancia".

El **capítulo nono** comienza así: "Esa noche, viendo el mundo desde mi almohada con Luisa a mi lado,

como es costumbre entre los recién casados..." Esta última observación, la subrayada, es de una chorrez ecuménica. Si pretende ser una gracia, más le valdría al gracioso atarse un piedra de molino al cuello y deshacerse de todas sus corbatas. Pág. 145.- "Le *conté* lo que me había *contado*". Id.- Digresión alpina sobre las parejas. Las novelas de Marías están compuestas de una serie de digresiones alpinas y transoceánicas sobre las naderías más flotantes. Ya lo he dicho en otra ocasión: sólo la agudeza de observación, el humor inteligente, la ironía fina justificaría una escritura así. Marías, además de no tener gracia, escribe confusamente. Pág. 146.- "...con la espalda vuelta *hacia el uno el otro...*" Id.- "...no queda apenas *resquicio* de los hechos..." Quiere decir vestigio o algo así. Id.- Continúa: "...de los hechos y los pensamientos de un individuo que no sea transmitido, o bien traducido matrimonialmente". Id.- Todo cuanto dice Marías en la página 146, la anterior y la siguiente, continuación de una reiterativa e insoportable conversación sobre su padre, es confuso, hueco, tonto, falso (cuando se entiende), producto de un avanzado estado de retraso mental. Es increíble que haya quien se trague esto y diga además que es bueno. Pág. 145.- Nueva prueba del machismo de Marías: para él las mujeres tienen una mente chismosa e inconstante; afirmación a la que añade otras generalizaciones tan triviales como todas las suyas. Id.- Por qué no le *preguntaste?*, me *preguntó*. Pág. 149.- "Los padres y los hijos sois muy torpes entre vosotros". ¿Todos, Marías? Yo, por lo menos, no. Pensará Marías en lo que va a escribir antes de escribirlo? ¿O se trata, en sus "novelas", de simples balbuceos improvisados? Y ¿qué es eso de "torpes entre vosotros"? Id.- En cuatro o seis parlamentos se puede decir -he hecho la prueba- lo que Marías dice en varias páginas de conversación reiterativa y vacía, en un dormitorio que, de este modo, parece la sala de espera de un dentista. Pág. 151.- Ya señalamos como completamente inverosímil el hecho de que Marías oyera, a través de un tabique, toda la conversación que sostenían la mulata y el velludo. Ahora resulta que también la había oído la mujer, desde la cama y embotada por la fiebre. Id.- En esta novela resulta especialmente llamativa la torpeza con que Marías hace uso del signo de puntuación llamado coma. A veces, hay que volver sobre lo leído (aquí "los hombres, las mujeres") para saber que no se trata de una enumeración, sino de que ha cambiado de tema. A continuación, nuevas generalizaciones abesugadas sobre el sexo femenino. Id.- "...ni Luisa ni yo, la fiebre". Pág. 152.- La absurda y reiterativa conversación es ahora sobre el espionaje habanero. Y ocurre, como en prácticamente todos los diálogos marianos, que los dos dialogantes son el mismo, Marías. Se trata de falsos diálogos, que no reflejan distintas personalidades; son rollos sincopados, aburrimiento en dosis. En estas últimas páginas que estoy padeciendo escribe Marías "contable" (susceptible de ser contado), "decible", "andable", "esperable". Quizá no sea incorrecto, pero, desde luego, no es muy literario. Pág. 157.- "no mucho nunca". Pág. 158.- "noté sus besos en nariz..." Y con esto llego a la mitad del libro, cuyo comentario va siendo largo. Decido hacer una pausa vacacional que me servirá, entre otras cosas, para digerir mi perplejidad. A esta novela, que tiene los mismos defectos de fondo y forma, y en la misma proporción, que otras anteriores, le han dado, entre otros, el Premio de la Crítica. Si los de *Corazón tan blanco* son personajes bien caracterizados; si lo que se produce entre ellos son conversaciones inteligentes; si la suya es una trama interesante, si ésta, en fin, es una gran novela, qué es entonces, señores críticos, *La montaña mágica*?

Casi al principio de este trabajo, comentábamos tres entusiásticos juicios sobre *Corazón tan blanco*, emitidos, según el editor, por críticos de "The Times", "Le Monde" y "Frankfurter Allgemeine Zeitung", de los cuales no facilitaba el nombre. Ahora podemos hacerlo con otros, transcritos por el diario "El País", en páginas en las cuales se hablaba del éxito tenido en Alemania por la traducción de esta novela, que, además del Premio de la Crítica en España, ha obtenido el Premio Internacional Rómulo Gallegos, en Venezuela, y el Premio Impac en Irlanda. Este último, por cierto, se lo entregaron al autor el mismo día en que el Real Madrid se proclamó Campeón de Liga, lo cual, según la exaltada mariasnista Angeles García ("El País", 15 de junio de 1997), significaba igualmente un éxito personal del autor de tan laureada obra. Tratándose de él, ciertamente, los redactores y colaboradores de "El País" siempre se muestran entusiastas. Y siempre, también, intentan contagiar su entusiasmo a los lectores de una manera que se podría considerar coactiva. En seguida hablo de ello. Parece ser que de la concesión del Premio Impac a su ídolo no se hizo eco absolutamente nadie más que ellos en España. ¿Quizá porque no lo otorga ninguna entidad cultural, sino una empresa de ingeniería de gestión y productividad? Quizá porque piensen que el montaje Marías es un asunto de Prisa, que a ellos les trae sin cuidado? El caso es que ese silenciamiento le costó amargas lágrimas a Antonio Muñoz Molina, uno de los valedores de Marías, y de ello dejó acerba constancia en su artículo *Noticias de Dublín*, publicado asimismo en "El País", el 18 de junio de 1997. Pena daban, en verdad, sus mediáticos lamentos. Las críticas que queremos comentar las transcribió el diario independiente de la mañana casi un año justo antes (23 de junio de 1996), con motivo del éxito tenido por *Corazón tan blanco*, en Alemania, como hemos dicho. La coacción con que "El País" intenta comunicar el desmedido entusiasmo de sus mejores plumas a los eventuales leyendos se traduce, sobre todo, en la enorme cantidad de cifras con que procura apabullarles y por la forma en que presentan a los críticos de cuyos juicios se hacen eco. Y así, no escriben nunca "un crítico" o "Fulano, el crítico de tal publicación", sino "el legendario Fulano, crítico de la revista 'Tal', que es la que leen los intelectuales, los abades mitrados y los militares de alta graduación del Sacro Imperio", o "Mengano, el gran gurú de la crítica alemana, que sólo se digna comentar un libro cada veinte años", o "el feroz y mítico Zutano, temido crítico del diario 'Cual', el de mayor circulación de Europa"... Si se trata de una tertulia televisiva, un José Comas en éxtasis nos informa de que se trata de la más importante y escuchada de la Federación, la predilecta de todo el que allí es alguien, desde Hellmuth Kohl a Franz Beckenbauer, pasando por el chantre de la catedral de Colonia. Y refiere que, al tratar de Marías, los contertulios se arrebatan la palabra unos a otros para elogiarle, rivalizando en el calibre y encendimiento de los elogios. Pero veamos qué decían aquéllos y éstos, comenzando por el legendario gurú. Este, de nombre Marcel-Reich Ranicki, afirmó que "no hay nada comparable en la literatura contemporánea" y, según el levitante Comas, lo hizo poco después de haber destrozado, entre sus legendarias y gurules garras, la última novela de Günter Grass. Yo, que ya llevo leída la mitad de *Corazón tan blanco*, podría decir, como Ranicki, que no hay nada comparable en la literatura contemporánea, pero por su horrende, por su maldad rayana en la perversión. Y añado lo siguiente: si hay un fulano en Europa que ensalza hasta esos extremos una novela de Marías, después de haberse cargado otra de Günter Grass, es que, además de gurú, es un imbécil; y no sería la primera vez que se diese este fenómeno en Occidente: la coincidencia, en un mismo sujeto, de la gurulez y la

imbecilidad. No se trata, en ninguno de los ejemplos aportados por Comas el Magnífico, de ciencia de la literatura; no se trata de crítica rigurosa; no se trata, ni muchísimo menos, de crítica filosófica. Se trata de encendidos elogios a la goebelsiana; eso sí, repicados por críticos que, según el buenazo de Comas, son -y yo me lo creo- importantes. Por ejemplo: Hellmuth Karasek, crítico de *Der Spiegel*: "[Marías] es un asombrosamente hábil constructor de novelas, un ingeniero de los apuntalamientos y de las violentas tensiones de la vida interior de sus figuras". Tertuliano primero (Loeffer): [Una novela] arrebatadora, moderna, cosmopolita, de una visión muy actual". Tertuliano segundo (nuestro viejo conocido Karasek): "Uno de los libros más grandiosos que he leído en los últimos tiempos". Tertuliano tercero (el feroz Ranicki, de cuyas ferocidades ya hemos tenido noticia): "Una de las novelas más importantes que he leído en los últimos años [...] No puedo nombrar a un solo escritor contemporáneo que se aproxime de cerca a su calidad". Tertuliano cuarto: o no habló o no elogió a Marías o Comas había ido al servicio mientras hablaba, pues nada nos ha legado. Sí, en cambio, informa de que Ranicki concluyó comparando a Marías con Dostoievski (qué más hubiese querido el pobre Fiodor!) y sentenciando: "no vacilo en afirmar que se trata de un libro genial [...] una obra maestra". Hay algo que suena a falso o artificial en todo esto, y ésta es posible tercera razón para que quienes no están enloquecidos por o interesados en Marías se abstengan de pregonar sus presuntas hazañas. Milenarista y apocalíptico como se siente uno en estos idus y calendas, se pregunta si tantísima confusión, tanta abominación de la desolación no será una señal escatológica. Porque puede admitirse una diferencia de grados en la valoración positiva o en la negativa, pero que alguien afirme que es blanco, pavoroso y digno de alabanza lo que otro ve negro, porcino y vituperable es lógica, psicológica y estéticamente más absurdo que un círculo cuadrado. ¡Marías hábil constructor de novelas! Marías no contruye con habilidad ni una perrera de juguete con tarugos de colores numerados... Y así todo. No se trata, insisto, de decir que la novela en cuestión es algo peor o bastante peor de lo que los transcritos juicios pregonan; es espantosa: muy mal escrita, ridícula en bastantes pasajes, carente de cualquier estructura o antiestructura, sin la menor gracia cuando quiere tenerla, sin el menor interés, vacía de ideas y de imaginación. Con motivo del comentario a otra novela de Marías, ya me preguntaba atónito, glosando a Wilhelm Reich, lo que vuelvo a preguntarme ahora: si yo, con mi disidencia y mi heterodoxia, con mi exaltado sentido de la independencia y de la libertad, soy el único crítico normal, siendo los demás quienes se han salido de la norma. Porque no se trata, como he dicho líneas atrás, de una mayor o menor diferencia de grados entre la valoración de ellos y la mía; se trata de que ellos dedican los mayores elogios que se pueden hacer a quien yo le niego hasta la categoría de escritor. Razón de la actitud de mis oponentes o, mejor dicho, de aquéllos a quienes yo me opongo? Como no quiero negarles del todo la competencia, pienso que pueda tratarse de algún tipo de vinculación con el negocio editorial, de obediencia debida al patrono mediático, de la cobarde postura de preferir remar a favor de la corriente o de cualquier otra razón o sinrazón por el estilo. Para mí, el de Javier Marías es un caso único en la historia. Nunca se ha alabado más a alguien que lo merezca menos. Por el Norte, el más alto reconocimiento; por el Sur, la mayor carencia de estilo literario, la mayor vaciedad y ridiculez en las tramas y argumentos y el más grande desconocimiento de la lengua que se ha producido nunca. Y ahora vayamos con la segunda mitad de *Corazón tan blanco*.

Pág. 159.- "En otoño, a mediados de septiembre..." ¡Todavía no es otoño, Marías, que te equivocas en todo! Id.- [Uno no se divierte en Nueva York] "porque uno está allí trabajando de mala manera durante cinco días a la semana y los dos restantes resultan tan falsos (como un inciso)" ??? Id.- "sólo puede dedicarse a" [...] "pasear un poco, mirar de lejos a los toxicómanos y a los delincuentes futuros..." ¿Se imaginan ustedes a todos los traductores de la ONU mirando desde lejos a los toxicómanos y tratando de adivinar quiénes serán delincuentes en el futuro, para mirarlos también? ¿Son capaces de captar los marianistas la capullez de este tipo de comentarios, abundantes en las obras de Marías? Pág. 160.- Continúa la relación de ocupaciones sabáticodominicales de Marías y sus colegas, que van, desde "leer el *New York Times* gigantesco durante todo el día" (en cuyo caso, y dada su falta de imaginación, renunciarán a contemplar drogadictos y delincuentes futuros) hasta beber zumos energéticos o de *tutti-frutti*... Id.- Tras una apasionante relación de dedicaciones de los traductores durante el fin de semana, que, como diría el propio Marías, *no interesarán ni a los interesados*, otra página de descripción del tipo de apartamento que, al parecer, *todos* suelen alquilar: con sus muebles, sus olores, sus dimensiones, hasta que decide hablarnos de Berta, una colega. Id.- [En Madrid], "nos acostamos dos veces aisladas, o quizá fueron tres o puede que cuatro." Pág. 161.- [Conocimiento de ciertas promiscuidades que] "nos hace tratarnos *con delicadeza en nuestro caso* y a la vez con gran confianza". ??? Id.- ¿Piensan ustedes enterarse de algo interesante sobre Berta? Pues siento desilusionarles: lo que cuenta Marías es que le hacen zapatos especiales, que lleva los tacones altos con garbo, que tuvo un accidente, que le quedó una cicatriz... Pág. 162.- "Estuvo casada cuando era más joven..." ¿Se da cuenta el lector (los críticos no se dieron) de lo chorra que es esta frase? Id.- Sigue: "en parte fue por eso por lo que se marchó a América y buscó allí empleo". Lógica pura: cuando alguien se ha casado cuando era más joven que ahora -hay ciertamente extrañas personas que en el pasado eran más jóvenes que en el presente- lo lógico es que se largue a América y busque empleo. Se divorcia (no sabemos si antes o después de su expedición laboral), se vuelve a casar y de nuevo se divorcia. "Desde entonces, informa Marías, nada le ha durado mucho". ¿Nada? ¿Debemos entender que ni los zapatos, ni los jerseys, ni los paraguas...? ¿Lo que se dice nada? Analizada de esta suerte, según el método implacable de la crítica acompañada, cada página, cada párrafo, cada línea de Marías es un ejemplo de expresión confusa, alógica y aliteraria. Y hay que padecer la ceguera -o, mejor, cegatez- que padece la crítica española para no verla. Id.- "...transformaciones que hacen irreconocibles a algunos rostros de nuestro pasado..." En el contexto, se entiende lo que quiere decir, pero el pensamiento no está bien expresado. ¿Qué son "rostros de nuestro pasado"? "Pero por injustificado que a mi parecer sea (¡esté, Marías!) su sentimiento, lo cierto es que lo tiene..." Id.- "...mi temporada de temporero..." Id.- Una nada exigua cantidad de norteamericanos, españoles y argentinos entra y sale del apartamento de Berta, según nuestro héroe, siempre cotilla, observa. Pero ninguno de ellos, se queja, ha "mostrado el menor interés en conocerme". Por lo tanto, deduce: "no debían de tener el menor interés en ella..." "Interés a largo plazo", aclara. Está todo silogísticamente claro: ¿quién va a tener verdadero interés en conocer a una española que a ido al Nuevo Continente a buscar empleo, si no lo ha tenido antes en conocer a Marías? Pág. 163.- Debía de ser una insaciable coleccionista la mujer de quien nos habla Marías, pues no bastándole el trepidante flujo de visitantes a su piso, se pone a probar

"con las citas convenidas a través de agencia" y "a escribir a las secciones de contactos personales de periódicos y revistas". Id.- "Ella (empleo el plural por eso)" !!! El caso es que se refiere al plural de *video*, utilizado líneas antes. Lo que no evita el sobresalto del lector. Id.- "...otros españoles solitarios posibles..." Págs. 163-164.- El caso es que lo que iba para etopeya se convierte en aburridísima digresión, una de tantas de las que se compone éste como otros relatos -que no novelas- de Marías, incapacitado como nadie para crear un espacio ni un tiempo literarios. Id.- "...los recibí previo modesto pago..." A veces, ni con las frases hechas atina. Es evidente que quería referirse al pago de una modesta suma. Pág. 164.- Nueva página. Segunda línea. Y ya: "...darse a conocer a desconocidos". Id.- "Yo la aconsejaba, aunque me sentía incapaz de aconsejarla..." Pág. 165.- "[Los hombres que protagonizaban los vídeos] aparecían desnudos, erectos [,] pero hablando como si nada..." Aquí dice que los hombres aparecían erguidos, derechos... Pero lo que quería decir Marías es que aparecían con el falo en erección. Id.- Y fíjense: Marías, escritor que tanto ignora sobre las reglas de la escritura, sabe, en cambio, cosas como ésta: "sobre una cama no se anda". Pág. 166.- "aunque no creo... aunque en España". Pág. 168.- "le llegó la respuesta a su respuesta". Id.- "...como si mi amiga lo hubiese invitado a ello, o tal vez no..." Por enésima vez: ¿en qué quedamos, Marías? Id.- "Al estar aún instalándose [...], no había tenido tiempo de comprar una cámara o enterarse de en qué tipo de establecimiento podrían hacérselo". ¿Hacerle qué, Marías? ¿La operación de compraventa? ¡No...! Marías quería referirse al video del que ha hablado en el párrafo anterior. Por otra parte, el inverecundo sujeto que ha escrito a Berta dice Marías que tiene que enterarse de en qué tipo de establecimiento hacen vídeos. Pues ¿dónde va a ser? Donde siempre se han hecho los vídeos: ¡en los herbolarios! Pág. 169.- "...cariñosa conmigo como lo son las mujeres cuando tienen una ilusión, aunque ella conmigo siempre lo es". Marías es el presunto escritor que más frases inútiles escribe. Repeticiones aparte. Págs. 170 y ss.- Los personajes de Marías, con poca o nula entidad, no "hablan", pero, cuando Marías quiere descansar y les cede la palabra a ellos, son capaces de largar una parrafada de tres páginas. Concluido el parrafazo de Berta, anoto: Marías no es capaz de enterar al lector de lo que quiere enterarle si no es mediante un rollo pretoriano. Sentencio: no es novelista. Pág.- 172.- "...allí donde recibía su correspondencia más personal, o quizá impersonal". Una vez más : en qué quedamos? ¡El lector tiene derecho a saber si personal o impersonal, Marías! Págs. 172-173.- Marías es muy aficionado a hacer cábalas cuyos resultados, de obtenerlos, no interesarían a nadie. Para colmo, aquí se arma un lío, por referirse a cosas sin la menor importancia. Berta ya está en el piso cuando él llega, y piensa luminosamente: "seguramente yo habría llegado antes si ella no hubiese pasado por correos ni se hubiese entretenido..." O sea, que si ella no va a correos ni se entretiene, hubiese llegado todavía más tarde. ¡Es increíble! Pág. 173.- "Estaba inmóvil, luego no cojeaba". ¡Luminoso! Id.- Se refiere a un funcionario español: "me había pedido si podía acompañarles a su mujer y a él (ella más joven) a una cena". Que algunos adivinemos lo que quiere decir no hace que esté bien expresado entre paréntesis. Para colmo, repite un paréntesis idéntico respecto a la otra mujer que acudirá a la cena. Y, en este segundo caso, ya resulta ridículo. Como es ridícula la excusa que el propio Marías ofrece para el hecho de ser invitado: "entretener a las señoras mientras los hombres hablan de negocios..." ¡Sería la primera vez que dos mujeres de mundo se entretuviesen sin la ayuda de Marías! Pág. 174.- "...porque era

viernes había accedido a aquella velada". ...ccedido a asistir a aquella velada, Marías. Por otra parte, ¿cuál es la relación entre el día de la semana mentado y tu condescendencia? Anoto: Marías no emplea la alusión ni, mucho menos, la elusión. Al contrario, se enfrasca en un detallismo completamente antinovelesco y ofrece continuamente explicaciones acerca de detalles sin la menor relevancia en la economía del relato. Id.- Nuevo paréntesis mariano: "(yo había traducido numerosas veces, las dificultades del funcionario)". Si algún descifrador lo descifrare, buen descifrador será. Id.- Detalle importantísimo también: Marías se sienta con la gabardina puesta y, una vez pasado por la trascendental experiencia, nos advierte generoso: "no debe hacerse eso nunca, luego va uno durante semanas con aspecto de indocumentado".!!! Yo siempre había pensado que el aspecto de indocumentado lo daban más bien los calzoncillos sucios. Id.- Líneas más adelante -el detalle, por su importancia, lo merece-, vuelve a decir que está mirando la televisión sentado sobre la gabardina. Id.- En el vídeo, un torso masculino sin cabeza. Lleva puesto un albornoz [...], "quizá uno de esos que prestan a sus clientes los hoteles caros. O quizá no..." Si no nos lo aclaras tú, Marías, navegaremos en la incertidumbre lo que nos queda de vida. Pág. 175.- "...secos, no mojados..." Una línea sí y otra no, una explicación idiota. Id.- "El albornoz era tal vez sólo una forma de no llevar ropa". El albornoz, no, Marías: el hecho de llevarlo puesto. En cualquier caso, ¿y qué? ¿A quién le importa eso? Id.- "...no podía creer qué podía pasar..." Págs. 174-177.- Además de pesado y mal escrito, todo el relato acerca del vídeo es una chorrada memorable, injustificable por su inverosimilitud y su falta de gracia. En medio, una digresión de más de media página sobre el actor Sean Connery, su velludo torso, su mentón y sus albornoces y toallas. Pág. 176.- "Su voz era vibrada". (Quería decir vibrante). Id.- A mitad de la parrafada submarina sobre el vídeo, Marías vuelve a hacer mención de la gabardina y su proceso de progresivo arrugamiento. Id.- "No puedo darme a conocer a nadie desconocido". Pág. 177.- "...podríamos hacer una cita". Id.- El descabezado del vídeo es tan reiterativo y plúmbeo, que el lector empieza a preguntarse si se tratará del propio Marías. Pág. 178.- Poco antes de finalizar el capítulo, más noticias de la entrañable gabardina. Pág. 179.- "...canciónailable que baila..." Id.- "...Berta no dijo nada o no quiso sacar el tema..." Para el caso, Marías... ¡Cuántas frases inútiles! Id.- "era a ella a quien quería ver más antes de acceder a verla". Pág. 180.- Obérvese esta construcción, por favor, que puede pasar inadvertida al lector común y poco exigente, pero que no debe escapar a la observación del crítico: "El lunes, sin embargo, cuando ambos habíamos regresado del trabajo por la mañana, al llegar a casa por la tarde..." Id.- "...pasé a mi cuarto, pasé por el cuarto de baño..." Pág. 181.- "...no sólo durante el insulto". Pág. 182.- "¿Qué pretendes, que me pase el día entero en la oficina de correos?" Ya te he dicho, Marías, que, en casos como éste, al tratarse de dos preguntas, se debe escribir así: ¿Qué pretendes? ¿Que me pase el día entero en la oficina de correos? Id.- Para una respuesta que podría haber dado Berta en un par de líneas, Marías le hace emplear dieciséis. Pág. 182-183.- No sé por qué creo llegado el momento de señalar, una vez más, que Marías puntúa y despuntúa arbitrariamente. Se ve que es superior a sus fuerzas hacerlo bien. El personaje en el que se encarna, su *alter ego*, dice por él, en la pág. 183: "Yo no soy escritor". Pág. 184.- "Una vez que tú lo hayas visto decidiré. No sé aún por qué, pero decidiré entonces". Por los clavos de Cristo, Marías! Si lo supiera, es que ya había decidido. Id.- "...Me fui con el *New York Times* gigantesco hasta Kenmore Station". No es manera

literaria de decir que el mentado periódico es muy grande. Por otra parte, dicho así (y no el gigantesco *NYT*) parece como si hubiese otro *NYT* no gigantesco.

Id.- "una columna que me servía de disimulo". Unicamente las cataratas literarias que padecen los críticos pueden impedirles advertir estos gazapos. Quería decir "escondite".

Id.- "...sonaron unos pasos más estridentes e individualizados que los demás, como si las suelas llevaran unas placas metálicas o bien una mujer altos tacones". Aunque se entienda lo que quiere decir, ¿no es patente la torpeza de la expresión? Pág. 185.- Porque el estilo de su confección es español, Marías habla de unos "pantalones patrióticos". Ni como gracia resulta. Al revés, induce al gemido. Id.- "...metía el brazo hasta el fondo en el casillero tan hondo". Estoy seguro de que Marías no ha escrito un verso en su vida. Id.- Lo peor de estos gazpachos isabelinos son las conclusiones que saca Marías de las actitudes y el comportamiento de los personajes. Insufrible. Id.- "Luego echó a andar de nuevo con celeridad de nuevo". Id.- Se cruzan sus miradas, pero se reconocen por los pantalones. Id.- "Me miró mirándome". Pág. 186.- "Pero no se inyectaría plástico, su propia mirada punzante se lo prohibiría". Id.- "...al fijarme en la mano, le ví la alianza en el dedo anular de esa mano..." Espantosa repetición que se adorna, tres líneas después, con un "no había papelera a mano". Pág. 187.- "...no había en cambio muchos norteamericanos (sólo los gansters, George Raft)". La mayoría de los lectores actuales no saben quien era George Raft, un actor que, alguna vez, hizo de ganster: el Botines. Por otra parte, nombrando sólo a Raft, no se justifica el plural. Id.- "Yo lo seguía a poca distancia, seguramente demasiado poca para lo que es prudente en estos casos, pero yo nunca había seguido a nadie". Pues si carecía totalmente de experiencia seguidora, cómo sabe lo que es prudente o no "en estos casos". De todas formas, el experto mariasista descubre todavía algo más: lo que Marías barrena -ya que no escribe- es una justificación para su torpeza como espía celestinesco. Id.- "...aunque no estaba dando exactamente un paseo andaba demasiado rápido..." Ah, Marías, Marías, acuérdate de las comas cuando estés en el limbo...La página 187 es una muestra excelente, en lo formal y en lo conceptual, de la escritura mariasna. Véase. Id.- "Se detuvo ante una superperfumería o perfumería inmensa". A-li-te-ra-tu-ra. Id.- "...mareado por el olor multitudinario que la mezcla de todas las marcas juntas despedía". Sin reprimir un tirón de orejas por decir que son las marcas, y no los perfumes, los que huelen, decimos que este olor multitudinario (expresión incorrecta) nos hace evocar nostálgicos aquel "cuarto de baño de la multitud" de la página 16, a cuya puerta "un grupo se agrupaba". Navegamos, no cabe duda, entre efluvios estéticos. Pág. 188.- Breve conferencia de Marías sobre aguas de colonia y otros perfumes. Id.- La sección para hombres de una perfumería es, para nuestro héroe, "la sección viril". Pero consideremos el párrafo en su mayestática totalidad: "Aún se entretuvo en la sección viril, ahora probó dos aromas en el envés de sus sendas manos, pronto no le quedarían zonas incontaminadas por los perfumes dispares". Si de Marías contásemos solamente con este condensado de errores gramaticales, atentados contra la sintaxis y coces al diccionario, nos bastaría para retirarle el carnet de escritor de clase B (épsilon, en la terminología huxleiana), sino hasta para desproveerle de la ciudadanía española, del carnet de socio del Numancia, del de conducir y hasta del bonobús. Aparte las comas a la marinera, está su confusión –no por primera vez- de sendos con dos, propia de iletrados; de aroma con perfume y

de diversos con disparejos, sin olvidar que al tacto de un perfume lo considera contaminación. Id.- "...nunca me sobraría, *pensé* (*pensaba* a menudo en Luisa)". Pág. 189.- Quiere decir "Cuando llegué a la esquina, pude verle de nuevo...", pero dice: "Cuando llegué a la esquina y se hizo posible que de nuevo entrara en mi campo visual". Juan de Mairena le hubiese dado un palmetazo en el trasero. Id.- "...un hombre casado y con una mujer enferma, o acaso sana". Por si ya no fuera de por sí imposible entrever a las marionetas -que no personajes- de Marías, éste nos lleva a las puertas de la angustia vital con esos continuos "sí, pero no", que denuncian su inseguridad ante el mundo, el demonio y la carne. Id.- "Berta lo escuchó todo con vehemencia". ¿Qué quieres decir? ¿A orejazo limpio? Id.- "sus cejas caídas y alzadas..." Seguramente, también chato y narigudo, aunque no lo diga. Pág. 190.- "auriculares mundiales". Los de la ONU *secundum* Marías. Id.- Marías vuelve a blandir su objeción de conciencia ante el servicio novelesco obligatorio y nos endosa página y media de un discurso ante la Asamblea General, tan chorra como suyo, aunque transcrito con su peculiar gracejo. Pág. 191.- "...había puesto en boca de ella una proposición inexistente". Inexistente no, Marías, puesto que estaba en boca de ella. Tal vez querías referirte a una proposición que ella no había hecho. Id.- "(Había inventado *con* este anglicismo por dar verosimilitud a la frase)" ¿Qué significa ese *con*, Marías? Id.- Nueva vez "inexistente" para una cosa que existe. Id.- "...que no se le ocurriera nunca". Por el contexto, se advierte que debía haber escrito "que no se le hubiese ocurrido nunca". Págs. 191-192.- "...sus pantalones connacionales". Forma mariasna de decir *made in Spain*. Pág. 192.- "representante tan representativo". Pág. 193.- "la contrariedad que se estaba creando". Pág. 194.- Como en tantas otras páginas, sobran comas, faltan comas y otros signos. De manera llamativa, signos de interrogación. Anoto: Marías adecua sus pobres comentarios, que él tendrá por filosóficos, a lo que al protagonista -siempre él- le conviene justificar en cada momento. Pág. 195.- "nada de lo que sucede sucede, porque nada sucede". Id.- Varias frases en la primera mitad de esta página, que, por falta de las preceptivas comas, suenan anfibológicas. Id.- "Está bien, pero hagámoslo rápido, ahora mismo". El personaje que, sin signos de admiración, grita esto se ve que no conoce bien a Marías. La rapidez, incluso el paso ordinario, es algo que está reñido con el contenido de este capítulo, del anterior -premiosos ambos como la merienda de una vaca-, de todos los capítulos de todos los libros del prometedor novelista que nos ocupa. Id.- "Estábamos desayunando, aún era por la mañana". Como hay gente rara que suele desayunar por la noche, hace bien Marías en aclararlo. Id.- Aquel cuerpo no tenía nada que ver con el que yo recordaba o ya no recordaba. Pág. 196.- "(variarla yo, pensarla ella) yo miraba..." Id.- Cuando, dos líneas más adelante, Marías escribe "con mi mirada opaca", no es que califique su mirada de opaca, sino que, como podemos adivinar los expertos mariasnistas, quiere decir que procura dotar de opacidad su mirada púdica para no ver a Berta en porreta. Id.- "Berta se había sentado a los pies de la cama, como había hecho Bill con su albornoz azul claro..." O sea, que Bill había sentado su albornoz a los pies de la cama. Pág. 197.- Marías se ha encariñado con la expresión: venga a hablar de miradas opacas. Id.- "...de haber mirado mirando..." Pág. 198.- No es lógico que un *gentleman*, un educado oxionense como Marías, quien, pudorosamente se ha negado, durante una página, a hacer el vídeo, diga después: "Nos falta el coño". La expresión no cuadra con el personaje, ni con su actitud hasta el momento ni con el contenido y desarrollo de la escena. En fin, dos largos capítulos -más de cuarenta

páginas de una novela de trescientas-, hablando de los ligues por correspondencia de un personaje episódico. Pág. 199.- "...se pareció en un aspecto (pero creo que sólo en uno, o fueron dos, o tres)..." Id.- "O puede que se tratara de un tercer malestar, uno distinto de los dos..." Id.- "una nueva sensación desagradable que sin embargo, como la segunda, es posible que fuera inventada o imaginada o *hallada*". Págs. 199-200.- "ella miraba transcurrir el transcurrido tiempo". Dedicó más de media página a contar el cuento de la buena pipa. Pág. 200.- "Pero esta pregunta de entonces y ahora es peor..." Id.- "Eso digo yo, había dicho yo". Pág. 201.- "Sólo sé que una noche de lluvia, estando en casa con Luisa [...], me levanté de la cama y abandoné la almohada y fui a la nevera". Como Carlos Gardel sino que con Kelvinator. Porque lo que sigue es una sospecha de encornamieto. Otrosí digo: la expresión "estando en casa con Luisa" no comunica al lector la idea de que estaban acostados. Segundo otrosí digo: abandona únicamente la almohada, esto es, se lleva consigo sábanas, mantas y colchón. Id.- ¡Insegurísimo Marías! "Hacía frío o me lo dio la nevera". Id.- "pasé por el cuarto de baño y me puse una bata (estuve tentado de utilizar el albornoz como bata, pero no lo hice)" El lector agradece ser informado sobre el trascendental cambio de opinión. Id.- "...miré unos textos de pie, con la coca cola en la mano y ya con sueño." Los textos puestos de pie y la coca cola ya con sueño; incómoda situación verdaderamente. Id.- "Caía la lluvia como cae tantas veces". ¡Lástima! Un poco de variedad no hubiese venido mal. Págs. 201-202.- El tránsito de una a otra de estas páginas es uno de esos lugares donde le falla por completo la puntería al oxionense a la hora de poner puntos y comas. Pág. 202.- "...se protegía de la lluvia o no tanto". Empiezo a pensar que estas inseguridades marianas se deban a algún extraño virus. Pág. 203.- Fíjense en lo que uno de nuestros mejores novelistas, al decir del maestro García Posada, desperdicia sus talentos; "También se protegía con un sombrero, lo cual es raro de ver en Madrid aunque un poco menos en días de lluvia, se lo ponen algunos señores mayores." Construcción cuneiforme aparte, Marías quiere decir, bajo su responsabilidad, que los sombreros son raros de ver en Madrid, pero lo que dice es que es raro de ver que alguien se proteja con uno. Id.- "...miraba exactamente -o eso creí-" Pág. 206.- "Sin saber que ella sabía". Id.- "Antes de salir, mientras me afeitaba y me preparaba, Berta se acicalaba (quizá por asimilación)" ??? Además, *aba, aba, aba*. Pág.-207.- "interrumpí el nudo de mi corbata". Interrumpiste la acción de anudarte la corbata, Marías, no el nudo. Id.- "ajustó la braga insumisa". Pág. 208.- Marías retoma la historia de Berta y sus vídeos y le dedica ocho páginas más. Anoto: no hay ni siquiera voluntad de construcción novelesca en estos libros marianos. Id.- "mi cita que había sido la suya era más temprana que la suya". Id.- "dos amigos que se habían abrazado despiertos". Es difícil abrazarse dormido, Marías, compréndelo. Pág. 210.- "Dime -dije". Id.- "sin mi presencia apoyada en el quicio..." No es la presencia la que se apoya, Marías, sino la persona. Pág. 212.- "su espalda respiraba agitada..." Se trataría tal vez de la espalda branquial de un mutante? Id.- [La espalda respiraba] "con prisa o apuro o susto o era nocturna". ??? Pág. 213.- "Ví el sitio de la comida rápida que me había mencionado Berta, en realidad me había ido dirigiendo hacia allí sin pensarlo, por su mención". Hay que decir las cosas, Marías, pero no de cualquier modo. Recuerda que la literatura es una de las cinco bellas artes y que, desde lo alto del diccionario, veinte siglos te contemplan. Id.- "Se mira transcurrir el transcurrido tiempo". Pág. 214.- "las bocas ya no se observan". ??? Id.- "(la boca está llena y es la abundancia)". Esta expresión ya la he encontrado en otras novelas

de Marías y sigo sin descifrar su significado Id.- "a veces también las voces". Págs. 214-215.- Una parrafada tan mal escrita, tan pésimamente puntuada, como para provocar la muerte por asfixia de un submarinista lector. Pág. 215.- "...y dejó un rastro de sangre sobre las sábanas o era acaso la sangre de la desposada virgen, la carne cambia o la piel que se abre o algo se rasga". Prosa lograda en verdad, como en el párrafo siguiente. Id.- "Ranz había conocido tres noches de bodas, tres verdaderas, en ellas algo se rasga a veces, antiguamente". Además de la draculez de toda la composición, falta de concordancia. Si era "antiguamente", debería haber escrito "se rasgaba". Cada línea que leo tengo menos fe en la redención de Marías. Pág. 216.- "...o Bill habría decidido quedarse a pasar la noche..." Había, Marías, no habría. Id.- "Me aterró el pensamiento y no quise pensarlo". Id.- La frase "y entonces la lengua al oído" no acierta uno a saber qué significa. Id.- Tampoco "la vida o los venideros años". Id.- "la gente que conocemos muere [,] aunque parezca imposible". A mí no me lo parece, Marías, ¿por qué generalizas? Pág. 218.- "Ella sabía que había". Otro fragmento de lograda prosa, para recreo de Cabrera Infantes. Id.- "cuyo número no se veía en la noche nublada de un farol aislado".

Pág. 221.- **Capítulo décimotercero.** Continúa el tango: "Quién no ha tenido sospechas, quién no ha dudado de su mejor amigo". Id.- El discurso sobre la traición, la sospecha y las corrosivas dudas que sigue durante dos páginas y media ya no está en clave de tango, sino de milonga. Constituye un primor de pensamiento expresado mediante la técnica de los anacolutos encadenados. Id.- Qué querrá decir, en el contexto en que se encuentra, la expresión "el codiciado mundo". Esta página 221 y sin duda la siguiente son de las más puramente marianas que contiene este mariasno libro. El paralelismo de la pésima expresión con el espantoso contenido es perfecto. Que haya críticos especializados o tenidos por tales que tomen esto por literatura es tan preocupante como el anuncio de una nueva novela de Marías. Pág. 222.- Línea sexta. Donde dice y debe decir *ni*. Id.- "Quién no ha sospechado, y con las sospechas se pueden tomar dos medidas..." Id.- ¡Increíble! Luego de dos páginas haciendo afirmaciones, opinando con seguridad, cargando con la brigada ligera, dice Marías: "O eso creo". El lector se siente estafado. Id.- Ante su invencible impotencia para novelar de verdad, Marías encadena las digresiones. Pág. 223.- Una decena de líneas con las que parece que retoma el hilo del relato y... una nueva digresión, ésta sobre Cuba y los cubanos. Digresión que, a su vez, contiene varias subdigresiones, una de ellas sobre cómo cuentan los padres las cosas de los hijos. Pág. 224.- "...y alguna fue algún regalo". Anoto, por enésima vez: ¡Qué falta de recursos! Id.- "...había ido entonces a Cuba [...], pero sus estancias en aquel continente..." Es una isla, Marías, una pequeña isla! Anoto: Con digresiones o sin ellas, si no se refugiase en la primera persona, Marías no sería capaz de llenar ni una página. No es posible que exista ni haya existido nadie más incapacitado para novelar. Pág. 225.- Nueva digresión sobre tono de voces. A continuación, otra sobre falsificadores. Id.- "por encargo de una acaudalada familia tacaña". Como si los tacaños fuesen los habitantes de Taca. Pág. 226.- "dijo mi padre que le habían dicho". Id.- "pensé que [...] y esto no lo pensé al azar sino pensando [...] aunque tampoco dejaba de pensar en ello". Id.- "los más improbables, o acaso son los más probables". Pág. 227.- Un parlamento de Luisa tan increíble como un anuncio de gabardinas para pulpos. Y que contiene unas opiniones sobre la mujer que habrán hecho estremecerse a las cátedras de feminismo holístico.

Id.- "me habían parecido malas ideas o inconveniencias o reprobables". Id.- Toda la página y más hablando de que su padre cuenta historias increíbles. Pero, cuando pone ejemplos, resulta que son perfectamente creíbles, hasta vulgares. Seguramente quiso escribir otra cosa. O no sabe lo que significa increíble. Pág. 228.- "pensara lo que yo pensara". ¿Ni esto, Marías? Debiste escribir: "pensara yo lo que pensara". Págs. 228-229.- A través de sus parlamentos, Luisa se va perfilando como tonta, aunque no es eso lo que pretende Marías. En cuanto al (presunto) lenguaje coloquial de Marías en general, trátase tal vez de un dialecto de una lengua moribunda. Pág. 230.- "Cuántas cosas se van no diciendo". Anoto: Creo llegado el momento de advertir una vez más que el hecho de dejar de señalar algunas líneas no quiere decir que estén bien escritas. Casi ningún párrafo de las "novelas" de Marías está escrito correctamente, y los que no se pueden considerar en rigor incorrectos no lo están en prosa literaria. El que menos, es una ensalada. Pág. 231.- El hecho de parar, desconectar o sacar la cinta de un vídeo hace hablar a Marías de "la supresión del vídeo". Id.- "no le había dado tiempo con mi llegada inmediata". Pág. 232.- La afición de Marías a fisgonear en los cubos de basura ya la conocemos de otras lecturas: *Todas las almas*, *Después de la batalla piensa en mí...*. Indica, según la psicología, inseguridad ante el sexo opuesto. En esta ocasión descubre, al cabo de tres horas de ausencia, varios preservativos (Bill tenía que ser una fiera), que quedan cubiertos por unas bolsas que él tira. Se lamenta de que "ya no resultarían visibles en la próxima visita al cubo". Id.- "Era muy tarde aunque fuera sábado". Sabido es que los sábados todo ocurre más temprano. Págs.- 233-234.- El cotillismo que empieza por indagar el contenido del cubo de la basura y llega hasta su interés por enterarse de qué han hecho en la cama su amiga y el otro tipo, y de si éste aportó o no preservativos a la fiesta o utilizaron los que había prestado él, es enfermizo tanto en el caso del personaje como en el de quien lo concibió. Pág. 234.- Un personaje da las gracias y Marías comenta: "Y las 'Gracias' sin duda fueron ruborizadas". Pág. 235.- "Y la espera desespera", dice Marías, coplero él. Id.- "el filo afilado". Id.- Digresión sobre almohadas. Otra, más larga, sobre la espera, con incrustaciones de nuevas almohadas. Pág. 236.- "...el pelo o arruga sobre la frente..." Anoto: Cuando Marías coge carrerilla son impredecibles los abismos conceptuales a los que puede arrastrar al desprevenido lector. Pág. 237.- ¡Ah, fidelísimo Marías! Después de tantas páginas, vuelves a acordarte de la arrugada gabardina. Pág. 239.- "Cambios matrimoniales" son, para Marías, los cambios experimentados por causa del matrimonio. Id.- Escribe "improcedentemente contagiado" cuando quiere escribir "inoportunamente contagiado". Pág. 240.- "a quien se le había prohibido la entrada por el contagio". ¡Cuánta pobreza expresiva!... repito. Págs. 239-246.- Digresión sobre el trabajo de los intérpretes. Pág. 242.- "Semanas [...] abatidas". Cuando la abatida es la persona que pasa la semana. Id.- Marías demuestra creer, otra vez, que "sendos" significa "dos". Id.- "Mi vida soltera" por "Mi vida de soltero". Pág. 243.- Hay frases que Marías repite un montón de veces en cada novela. Una de ellas es ésta: "mis transcurridos años". No se ha percatado sin duda de lo falsamente poética, pretenciosa y ridícula que resulta. Pág. 244.- "esposa bailona y adulterada". Seguramente por adúltera. Id.- "...sus labios pulposos y húmedos (húmedos en sí mismos, pero bebió mucho vino)..." Pág. 245.- "fingió que su ensimismamiento había sido fingido". Id.- "Luisa rió con una sola carjada". En casos especiales, hay personas que ríen hasta con cinco carjadas. Id.- "...tu marido reciente aquí presente". Págs. 247-248.- "Tu abuela [...] no había visto a su hija muerta, sólo enterrada".

¿La vio enterrada, Marías? ¿Es eso lo que querías decir? Pág. 251.- "Se metió una trufa en la boca, que nos habían traído con el café". ¿Una boca os habían traído con el café, Marías? Id.- Informa Marías de que "un viudo triste y a la vez bromista, eso es irresistible". Pág. 255.- "la boca mojada que está siempre llena y es la abundancia". Otra frase tan críptica como frecuente en las "novelas" de Marías. Id.- "Olía mal aquel puro, pero yo no los fumo". Yo sé lo que quisiste decir, Marías, pero ¡ay! no dijiste. Pág.- 257.- "...aquella noche de la que no tiene sentido que siga hablando. O tal vez sí..." Estos titubeos tan continuos en está claro que constituyen un vicio... O tal vez no. Pág. 259.- "Noté que notaba..." Pág. 260.- "Teníamos literalmente una sola almohada". Id.- "Llamé el nombre de Luisa desde la entrada..." O llamé a Luisa, o pronuncié (grité) el nombre de Luisa, no "llamé el nombre..." Pág. 261.- Las generalizaciones de Marías, numerosas, tocan el perímetro torácico al recoleto lector. La que hace en la mitad inferior de esta página, según la cual absolutamente todos los madrileños hacen lo mismo absolutamente todas las tardes a la misma hora es tan absurda como poco ocurrente. Pág. 262.- Obsérvese la dificultad que encuentra para expresar una sencilla idea: "Cuando desperté ya no había luz que viniera de fuera, quiero decir que era luz nocturna, luz de neón y faroles y no de tarde". No había luz, pero sí había luz; no había luz que viniera de fuera, pero resulta que la que hay viene de las farolas que están fuera; no era de tarde aunque era por la tarde; "quiero decir..." y por qué no lo dices? Por otra parte, si hubiese escrito "viniese de fuera", habría eludido el consonante que hace viniera con fuera. Pero para eso tendría que tener Marías sensibilidad para el arte literario. Id.- Menos mal que, a veces, Marías compensa torpezas como la indicada con una idea luminosa: "Iba a mirar el reloj [,] pero no podría verlo si no encendía una lámpara". Y pensar que habrá desgraciados, menos dotados que Marías, que se empeñen en ver el reloj en la oscuridad, sin encender una lámpara... Y es que no cualquiera se recobra con la rapidez con que nuestro héroe lo hace: "Aún estaba confuso [,] pero en seguida dejé de estarlo". Id.- Yo no termino de entender el siguiente párrafo: "...mis ojos se hicieron a la oscuridad, la puerta de la alcoba estaba cerrada, debía de haberla dejado yo así, la costumbre nocturna, aunque hiciera ocho semanas que la había suspendido, en aquel cuarto". Pág. 263.- [El albornoz y las toallas de Marías] "seguían sin estar en el cuarto de baño". ¿Será posible? Rebelión de las prendas de aseo, sin duda. (La cantidad de frases inútiles que rodea estas informaciones alcanzan cotas verdaderamente muy altas.) Id.- Otra información importante: generalmente, Marías, cuando regresa de un viaje, mete los objetos del neceser "en sus antiguos y diversos sitios". Id.- "de esa voz no distinguía ni el ánimo". Id.- El cacumen de Marías sigue despidiendo chispas: "tuve conciencia de que lo que no oyera ahora ya no lo iba a oír". Pág. 266.- "lo que pasó se me aparece como figuras borrosas". Pág. 267.- "Se les da importancia. O no..." Pág. 268.- "Hundí la cabeza contra [¡en!] la almohada". Pág. 271.- "después de acostarnos con el uno el otro". Pág. 272.- "los que conoce y no conoce". Por el contexto se ve que quería decir: "los que conoce y *los que* no conoce". Pág. 274.- ¡De qué manera más vulgar se expresan los personajes en el momento culminante del libro! Ranz, que ha matado por amor, dice a su esposa en plena batalla de pasiones: "Te quiero tanto que mataría por ti". Y ella comenta: "Ya será menos". ¡Para matarte, Marías! Hacerle esto a tus fans una vez que te estábamos siguiendo con cierta curiosidad desde hace un par de páginas. (Una persona que dice "ya será menos" en el tálamo y ante el arrebató es tonta, no tiene derecho a tomarse tan en serio a sí

misma como para suicidarse). Id.- "La maldita seriedad, añadió seriamente". Id.- "Miré el reloj sin *entender* la hora". Pág. 277.- "de color parecido al color de sus ojos". Pág. 280.- "y ya está hecho el hecho". Pág. 283.- "hacía dos meses que no nos tocábamos o yo a ella". Una vez más se entiende lo que dice, sí; pero eso no es literatura. Id.- "...sólo para su madre, mamita mamita, que no supo hacer guardia o velar por ella, mentira mi suegra". ??? Pág. 284.- "pero entonces lo pensé para entonces". Id.- Habla del cumplimiento de un pensamiento que le ha llegado con fuerza. Sin duda quería hablar de *una idea*. Anoto: Marías no sabría escribir una historia en tercera persona. La primera le facilita la expresión del psicologismo tan premioso, barato y arbitrario que empapa sus "novelas". Id.- "Ranz debía de estar mirando a Luisa [...] o quizá tenía la mirada baja". ¡O quizá había cerrado los ojos o quizá se los rascaba! Pág. 285.- "tras el transcurrido tiempo". Id.- "Iba a hacerlo cuando lo pensé y no lo hice. Lo pensé rápidamente, lo pensé sin imaginármelo y por eso lo hice". Marías es incapaz de traducir a lenguaje literario su propio pensamiento. Es un caso único e insuperable de impotencia. El resto de la página y varias líneas de la siguiente es una plasta sintáctica. Pág. 286.- "y en medio de la noche, al despertar sobresaltados por una pesadilla o ser incapaces de conciliar el sueño, al padecer una fiebre o creernos solos y abandonados a oscuras". Id.- "Se dejará besar lo que en el rostro es besable (nariz, ojos y boca; mentón, frente y mejillas; y orejas). O sea, todo. ¡Qué afán de llenar líneas! Anoto: Marías ignora que, tratándose de literatura, es preferible el circunloquio o la perífrasis a la escritura propia de un telegrafista. Pág. 288.- "con una sombra de su voz de siempre, *de la más acostumbrada*". Pág. 290.- "casi ocho [semanas] que no la veía allí, en nuestra casa y alcoba y almohada". Pág. 293.- Calificar unos presentimientos de desastrosos es propio del lenguaje más vulgar de una persona vulgar. Id.- "Y aunque no soy capaz de pensar [...] vuelvo a pensar". Id.- "...se encuentre aún en el codiciado mundo". Id.- "parece [...] no haber existido mucho". Pág. 294.- Se advierte -quedan seis páginas y media- que Marías ha decidido dar carpetazo, de forma expeditiva, a sus digresiones. Si considerásemos por separado las diversas "partes" de que se compone esta "novela", comprobaríamos que el resultado de la suma de todas ellas es cualquier cosa menos una novela. Pág. 295.- "al menos así yo lo hago". Id.- "A Custardoy no he vuelto a verlo *por el momento*". Pág. 297.- "cuando me miran o miran". Pág. 300.- "con las lentillas quitadas *si las llevaba*". Pág. 301.- "a mano sólo la propia mano".

Id.- "cuando le sigue el silencio de la vida adulta, o quizá es masculina". No es un acertijo. Es la prosa de Javier Marías: la mejor de España según don Eduardo Mendoza y don Guillermo Cabrera.